

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

ESE TIPO QUE TOCA LA ARMONICA

Lou Carrigan



—Por favor, señor Durkin, no tartamudee.

—Pe... pero te... teniente, n... n... no... no pu... puedo e... e... evi... evitarlo...

—Tranquilícese —consiguió sonreír amablemente el teniente Riley, del Departamento de Policía—. Tenga, beba este vaso de agua, serénese, fume si quiere, y seguiremos con ello.

Orson Durkin se bebió el vaso de agua, hizo lo posible por serenarse, y encendió un cigarrillo. Aun así, la noticia de que el hombre que iba en el otro coche había muerto debido al accidente no le pareció mejor, desde luego.

—¿Se siente mejor?

—No... No, señor. Me siento muy mal, teniente; se lo juro.



Lou Carrigan

Ese tipo que toca la armónica

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1452

ePub r1.0

Lds 18.12.18

Título original: *Ese tipo que toca la armónica*

Lou Carrigan, 1978

Cubierta: Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Por favor, señor Durkin, no tartamudee.

—Pe... pero te... teniente, n... n... no... no pu... puedo e... e... evi... evitarlo...

—Tranquilícese —consiguió sonreír amablemente el teniente Riley, del Departamento de Policía—. Tenga, beba este vaso de agua, serénese, fume si quiere, y seguiremos con ello.

Orson Durkin se bebió el vaso de agua, hizo lo posible por serenarse, y encendió un cigarrillo. Aun así, la noticia de que el hombre que iba en el otro coche había muerto debido al accidente no le pareció mejor, desde luego.

—¿Se siente mejor?

—No... No, señor. Me siento muy mal, teniente; se lo juro.

—Sea razonable, señor Durkin: no le estamos acusando de nada malo, sólo le hacemos algunas preguntas. En cuanto al accidente, sabemos muy bien que no fue culpa de usted, ni del otro conductor, sino de una mancha de aceite que había en la carretera... La patrulla de caminos lo comprobó, no tiene usted nada que temer. Pero nosotros tenemos que preguntar, compréndalo. Veamos: ¿está seguro de que no iba nadie más en el otro coche?

—Sí... Sí, sí, seguro. Me... me di cuenta justo cuando los dos coches estaban a menos de tres metros, ya a punto de chocar. Bueno, no... no fue un choque propiamente dicho. Yo... yo le di al otro coche en la puerta izquierda, y lo... lo tiré fuera de la carretera, y... y...

El muy atribulado señor Durkin se atragantó, y se pasó una mano por la frente y los ojos, como si quisiera borrar la imagen: un viaje bueno, sin complicaciones..., y de pronto, el coche se le va de las manos... Sí, eso fue lo que pareció: el coche se le va de las

manos, no puede dominarlo, aparece otro coche, y unos segundos después, fuera de la carretera está el otro coche, con las ruedas hacia arriba, y...

Otro hombre de paisano entró en aquella sala del Departamento, se acercó al teniente Riley y susurró:

—Han llegado los del FBI.

—Estupendo. Voy allá.

Riley dio una amistosa palmada en el hombro de Durkin, le sonrió y salió de la sala, directo hacia su despacho. Cuando entró allá, un hombre de unos cincuenta años, se levantó del sillón que había ocupado, y otro hombre, de alrededor de treinta, que estaba fumando ante la ventana, se volvió y pareció fotografiar a Riley de un solo vistazo.

—¿Teniente Riley? —preguntó el de más edad.

—Sí, en efecto.

—Soy Joseph Potters, inspector-jefe de la Delegación del FBI en Nueva York. El —señaló hacia la ventana— es el agente especial James Peppard.

—Encantado de tenerles aquí. Por favor, siéntense.

—Gracias... —Potters volvió a sentarse, pero Peppard se limitó a acercarse a la ventana—. Ha sido muy amable al avisarnos tan rápidamente, teniente.

—Bueno, como es natural pasé el informe a mis superiores, y como sabía que también el FBI andaba tras este asunto, ya que uno de los lugares asaltados fue el banco federal, creí que no estaría de más avisar a su Delegación. Supongo —sonrió— que quieren ver la máscara.

—A decir verdad —sonrió también Potters—, estamos rabiando por hacerlo, sí.

Riley asintió, tomó un sobre grande que había en la esquina derecha de la mesa, y lo vació sobre ésta. Había objetos de uso personal: llaves, dos pañuelos, una billetera, cigarrillos, encendedor..., y una especie de capucha confeccionada con gasa transparente, de color azul, sin aberturas de ninguna clase. James Peppard la tomó, se la puso, y miró hacia su jefe, que frunció el ceño: no veía nada, pero era evidente que, en cambio, Peppard le veía a él perfectamente.

—Está bien... —dijo—. Entiendo que el sujeto ha muerto.

—Sí —suspiró Riley—. Y ha sido una lástima, porque si estuviese vivo podríamos tener esperanzas de localizar al resto de la banda.

Peppard, que se había quitado la capucha, dijo:

—Al menos, tenemos un punto de partida. ¿Cómo se llama el propietario de esto? —Tiró la capucha sobre la mesa.

Riley abrió la billetera y la ofreció a sus miradas.

—Moss Lennan, aquí lo tiene.

—¿Llevaba la capucha encima? —preguntó Potters—. Quiero decir: ¿en el bolsillo, o...?

—En un bolsillo, con este sobre dentro del cual había también esta llave.

Sobre y llave quedaron ante las miradas de los dos

G-men

. El agente especial Peppard la tomó, y estuvo unos segundos mirándola.

—Parece de una caja de alquiler.

—Eso pensé yo también —asintió Riley—. Y hasta llegué a pensar que en esa caja de alquiler debe estar el dinero del último atraco.

—Muy vulgar, pero posible. Sin embargo, hay algo que me sorprende bastante: el hecho de que este sujeto, Moss Lennan, fuese lo bastante estúpido para conservar no ya la llave, que eso sí tiene sentido, sino la máscara azul de la que todo el mundo habla. Y todo ello, metido en un sobre —le dio la vuelta— en blanco.

—¿Qué tiene de sorprendente que el sobre esté en blanco?

—Generalmente, las cosas se ponen en un sobre cuando se piensa enviar ese sobre a alguien..., o entregárselo en propia mano. Si pensaba enviar el sobre, pudo hacerlo desde Nueva York, pero no lo hizo..., ni tenía intenciones de hacerlo desde ningún sitio, ya que no hay ninguna dirección escrita.

—Lo cual —acabó Potters— parece indicar que Moss Lennan iba a alguna parte a entregar el sobre con la llave y la máscara. No debía ser muy listo, me parece.

Riley dirigió una hosca mirada al inspector del FBI.

—Ah, ¿no le parece listo el tal Lennan? Bueno, pues a mí sí me lo parece.

—¿Por qué?

—Ustedes saben muy bien que desde hace poco menos de un año, una banda compuesta por cinco hombres se ha dedicado a atracar bancos especiales, y dos empresas de importancia, siempre en el momento en el que había más dinero en la caja. Esa banda se ha... distinguido porque sus cinco miembros utilizaban unas capuchas de color azul, como ésta. En total, ocho atracos... perfectos, si me permiten decirlo así. Tan perfectos —sonrió como pidiendo disculpas por sus palabras— que incluso el FBI, que intervino a raíz del quinto atraco, en un banco federal, no ha conseguido pista alguna. Eso no lo hace ningún tonto, inspector.

—Es cierto... —refunfuñó Potters—. Maldita sea, ha sido necesario un accidente de automóvil para que encontremos a uno de esos cinco sujetos..., suponiendo que no estemos cometiendo un gran error.

—¿Un error? ¿Por qué piensa eso?

—Porque si el inspector hubiese sido uno de los miembros de esa banda —intervino Peppard—, no habría llevado esa capucha encima. Yo tampoco la habría llevado. ¿La habría llevado usted, teniente?

—No... —Frunció el ceño Riley—. De ninguna manera. Pero él tal Moss Lennan la llevaba. ¿Qué más puedo decir?

—¿Dónde ocurrió exactamente el accidente?

—En la Nacional 1, entre Southport y Fairfield; más cerca de Fairfield que de Southport.

—¿Qué dirección llevaba cada uno de los accidentados?

—¿Qué...? Ah, sí, entiendo. Bueno, Moss Lennan venía de Nueva York hacia Bridgeport, desde luego. El otro, Oscar Durkin, se dirigía hacia Nueva York.

—Es decir, que Moss Lennan se alejaba de Nueva York.

—Sí, claro.

—Pues sería interesante saber cuál era su punto de destino, quizá pensaba entregar la llave de la caja de alquiler y la máscara.

Riley parpadeó, y acabó asintiendo con la cabeza.

—Sí... Posiblemente sea eso, pero... ¿Cómo saber adónde se dirige un hombre que fallece en la carretera? Podría venir aquí mismo, a Bridgeport. O ir a New Haven, Waterbury, Boston, Niágara... O a cualquier parte de Canadá.

—Lo seguro —dijo Peppard— es que no iba a Roma en coche.

Así que quizá podamos enterarnos. ¿Qué ha dicho el señor Durkin, el causante del accidente?

—Dice... Bien, en primer lugar, ese pobre hombre no fue el causante del accidente, Peppard. La causante, si se puede decir así, fue una mancha de lubricante en la carretera. Orson Durkin no pudo dominar el coche, que resbaló sobre la mancha de aceite, y se precipitó contra el que venía en dirección opuesta, que conducía Moss Lennan... La verdad, yo no acusaría al señor Durkin de ser el causante de nada.

—Admitida la corrección —asintió Peppard—. Y bien miradas las cosas, nosotros tendríamos que estar agradecidos al señor Durkin..., y a la mancha de aceite lubricante.

—¿Por qué no vas a charlar unos minutos con el señor Durkin, Jim? —sugirió Potters—. Mientras tanto, yo voy a llamar a la Delegación, para que empiecen a buscar datos sobre Moss Lennan, el de la capucha. Un tipo que se dedica a estas cosas con tal... perfección posiblemente es ya un auténtico veterano, y si tenemos suerte lo encontraremos en nuestros archivos.

* * *

Tuvieron suerte.

Es decir, el sistema funcionó a la perfección, como era de esperar, así que no fue propiamente suerte, sino efectividad. Cuando se organiza un fichero como el del FBI, la suerte tiene muy poco que ver en su funcionamiento: todo está previsto.

Desde Washington llegó el informe inicial, por canal doble: el teléfono privado del FBI, y el «Velofoto». Por el primero, los datos de Moss Lennan. Por el segundo, su fotografía. Había sido, en efecto, un sujeto de cuidado, detenido en tres ocasiones. Pero, hacía nada menos que seis años que Moss Lennan había dejado de ser «cliente» de la policía y del FBI. A partir de la última vez que salió de la cárcel, se había dedicado nada menos que a trabajar honradamente. Para el mediodía siguiente al accidente, se sabían cinco lugares donde había trabajado en aquellos seis años. Luego se había esfumado.

Pista cortada.

Pero, hacia las siete de la tarde, Jim Peppard tuvo una idea:

—Veamos, este sujeto se había dedicado a la vida honrada últimamente, señor. Al parecer, hasta que volvió a caer en la tentación de apropiarse de lo ajeno. Llevaba una vida honrada. Y toda persona que lleva una vida honrada en este país, hace su declaración de impuestos, ¿no le parece?

—Formidable, Jim.

A las diez de la mañana siguiente, es decir, dos días después del accidente, Jim Peppard apareció en el despacho de Joe Potters.

—¿Me ha mandado llamar, señor?

—Pasa, Jim: lo tenemos.

—¿A Moss Lennan?

—Sí, sí, tu idea ha dado resultado. La noticia me acaba de llegar de Washington: en efecto, Lennan presentaba puntualmente su declaración de impuestos, y, lógicamente, tenía que informar de dónde provenían sus ingresos.

—¿De dónde?

—La última vez, estaba trabajando para un tal Spencer Wallen.

—Ah... ¿Sabemos quién es ese caballero?

Potters sonrió, y alzó una cuartilla escrita.

—Es un financiero relativamente famoso, millonario, que está inválido de ambas piernas. Dirige todos sus negocios desde su lujosa residencia... de Walter Street, en Bridgeport.

—¡En Bridgeport!

—Bridgeport, Connecticut..., que está a muy pocas millas del lugar donde tuvo el accidente que le costó la vida a Moss Lennan. No me parece ninguna majadería decir que posiblemente, Moss Lennan iba hacia Bridgeport.

—Más probable que a Roma... —murmuró Peppard—. ¿Ha pasado usted aviso a nuestra Delegación de New Haven? Les corresponde...

—¡No lo he hecho!, ni pienso hacerlo. Como bien sabes, el asunto del accidente no se ha hecho público, así que quienquiera que estuviese esperando a Moss Lennan con la máscara azul y el sobre, no debe saber lo ocurrido. Lo único que sabe es que Moss Lennan no se presentó en el momento convenido. Esto debe tenerlo muy muy inquieto, ¿no te parece?

—Lógicamente.

Ahora, imagínate que el millonario inválido, Spencer Wallen,

tiene algo que ver con esto, y que algunos de nuestros compañeros de New Haven van a visitarlo, para hacerle preguntas. ¿Te parece que conseguirían algo?

—No sé... Pero cabe dudar que el señor Wallen sea tan tonto como Moss Lennan.

—Y aparte de eso, no tenemos en absoluto la seguridad de que Lennan fuese a verlo a él. Trabaja para él, de acuerdo, y quizá fuese a verlo, precisamente por cuestiones de su trabajo. Pero es más que posible que un millonario inválido no tenga nada que ver con este asunto..., que sean otras personas las que estuviesen en tratos con Lennan para lo de los atracos. —Cierto.

—Y por último, con personas como Spencer Wallen hay que andar con mucho cuidado: la menor insinuación a nuestro respecto a su participación en unos atracos podría dar lugar a una... pequeña hecatombe.

—Bien... Me parece, señor, que usted ya tiene pensado el modo de enfocar este asunto, ¿no es cierto?

—Pues... sí —sonrió Potters—. La verdad es que sí, Jim. Pero para ponerlo en marcha vamos a necesitar un día más.

CAPÍTULO II

El taxi se detuvo delante del 280 de *Water Street*, y el conductor se volvió hacia su pasajero.

—Hemos llegado, señor.

El pasajero estaba contemplando atónito la hermosa mansión, cerrada por verjas de hierro, con un enorme jardín lleno de flores y árboles en cuyo fondo se vislumbraba la gran mancha blanca de la casa.

—¡Demonios! —exclamó.

—Es la residencia del señor Wallen —sonrió el taxista—. ¿No lo sabía?

—Pues no. Mi amigo me dijo que podría encontrarlo aquí, pero... no se llama Wallen, desde luego. ¿Está seguro de que éste es el 280 de *Water Street*?

—Segurísimo. Como no sea usted el que haya confundido la dirección de su amigo...

—No, no, no... El me dijo que éste era el lugar. Bueno, qué demonios, allá voy, a ver qué pasa. ¿Qué le debo?

Pagó, se apeó, y caminó hacia las verjas, contemplado con cierta ironía por el taxista, que debía pensar que aquel sujeto no encajaba en aquel lugar. Era todo un tipazo, cierto, con cara de pocos amigos y muchos músculos, pero... vestía unos tejanos más viejos que América, un jersey descolorido que alguna vez había sido rojo, y unos zapatones de lona que no habían sido cepillados ni lavados jamás, al parecer.

«Apuesto a que te has equivocado, muchacho», pensó el taxista.

El hombre de los tejanos más viejos que América estaba pulsando el timbre que había a la derecha de las verjas. Luego, con gesto todavía perplejo, encendió un cigarrillo... Vio salir de la casa

a un hombre, que se acercó con paso parsimonioso, y que aprovechó tal lentitud de acercamiento para examinarlo críticamente antes de llegar hasta él.

—¿Diga, señor? —inquirió, inexpresivo, sin abrir.

—Hola —movió la cabeza el visitante, con el cigarrillo en los labios—. Me llamo Clark *Short*. Dígle al pillastre de Moss que he llegado.

—¿Cómo dice, señor?

—Vaya... Aquí tenemos a un desafortunado sordo. He dicho que me llamo Clark *Short*.

Dígle al pillastre de Moss que he llegado.

—Ah, el señor Lennan. Ya no trabaja aquí. Buenos días.

Se dispuso a dar la vuelta, pero sólo lo consiguió a medias, porque una manaza de *Short* lo asió por la manga de la chaqueta, y lo mantuvo encarado a él.

—Oiga, oiga, un momento, amigo: yo no soy un pordiosero que pide limosna, sino un caballero que viene a ver a otro, ¿estamos?

—Ya le he dicho que el señor Lennan no trabaja aquí... Quizá usted sea también un desafortunado sordo.

Una amplísima y simpática sonrisa apareció en la bocaza de Clark *Short*.

—Me gusta usted —dijo—. Sí, señor, me gustan los tipos que tienen sentido del humor, aunque tengan cara de mayordomo inglés. Apuesto algo a que es usted inglés y mayordomo.

—Soy mayordomo, pero no inglés. ¿Tiene la bondad de soltarme?

Demonios, no doy una. *Okay*, ya le suelto. A cambio, sea tan amable de decirme dónde puedo encontrar a Moss... ¿*Okay*?

—No dispongo de esa información, señor, lo siento.

—Bueno, pero si Moss ha estado trabajando aquí, alguien de la casa sabrá algo de él, ¿no le parece? Por ejemplo, el jefe de Moss. ¿A que sí, amigo?

—Ignoro eso, señor.

—Al parecer, usted lo ignora todo. Está bien, me conformo con hacerle las preguntas al jefe de Moss. ¿Está en la choza?

Señaló hacia la lujosa mansión mientras hacía la pregunta. El mayordomo no pudo reprimir del todo una sonrisa.

—El señor. Wallen está en casa, en efecto, pero muy ocupado.

—Pues esperaré, le aseguro que no tengo prisa.

—Será mejor que vuelva en otro momento. El señor Wallen no puede...

—Escuche, me está usted cansando —farfulló *Short*, escupiendo el cigarrillo hacia un lado—. Se lo diré de otro modo: si no me deja entrar voy a saltar la verja con la agilidad de un mico, y me planto en la casa le gusté a usted o no. ¿Entiende eso?

El mayordomo abrió la boca, pero al mismo tiempo parecía examinar mejor al terco visitante. ¿Saltar la verja...? Bueno, parecía capaz de eso y de mucho más.

Abrió la verja, y señaló hacia la casa.

—Haré lo posible por que alguien le atienda, señor.

—Estupendo. —*Short* le dio una palmada en el hombro—. Es usted de una amabilidad que desmaya, muchacho.

Caminaron los dos hacia la casa, mirando *Short* a todos lados, con gesto cada vez más maravillado. A medida que se iban acercando, se oían aquellos chasquidos con más claridad... Tardó un par de segundos finales en identificarlos: alguien estaba jugando al tenis. Y tres segundos más tarde, por entre los árboles, vio la pista, a la izquierda de la casa. Otros pocos segundos después, veía a uno de los jugadores. Una muchacha.

—Felicidades, Clark —dijo.

El mayordomo le miró desconcertado.

—¿Qué...?

—Siempre que veo algo que vale la pena, me felicito por ello. ¿Quién es ese bombón?

El mayordomo frunció el ceño, y no respondió. Clark encogió los hombros, y mientras llegaban ante la casa, volvió la cabeza hacia la pista. El bombón estaba jugando con un tipo de piernas muy peludas, al que desestimó enseguida para seguir felicitándose y mirando a la muchacha, que llevaba una faldita cortísima, de modo que se veían sus perfectas, bronceadas, preciosas piernas. Sus cabellos eran muy largos, rubios, recogidos en aquel momento en la nuca con una cinta. El conjunto de la figura era sensacional.

—Pero que muchas, muchísimas felicidades, Clark —dijo.

—Tenga la bondad de esperar aquí —señaló el mayordomo un banco adosado a la pared de la casa.

—Okay.

Quedó solo ante la fachada, que tenía amplias ventanas, y arbustos que trepaban por las paredes. Era una casa elegante. Elegante de verdad, con clase. No una mansión de ésas llenas de columnas y escalinata de mármol y cosa así, sino una casa con auténtica clase, antigua, magníficamente cuidada. Lo que se llama una casa con antepasados.

Pero perdió muy pronto interés por ella, para dedicar de nuevo su atención a la partida de tenis. Frunció el ceño, y comenzó a caminar hacia allí... Todavía llegó a tiempo de ver a la preciosa muchacha rubia lanzar un tremendo, increíble *drive* que dejó clavado sobre la tierra batida al tipo de las piernas peludas. Y enseguida, la muchacha lanzó una exclamación de alegría, y corrió hacia la red. Clark *Short* comprendió: la partida había terminado, con el triunfo del bombón.

«Pues me alegro», pensó.

Se detuvo. La muchacha y el hombre caminaban hacia la casa, riendo ambos. Cuando le vieron se quedaron mirándole, sorprendidos. En los ojos de color oro de la muchacha apareció una chispa de interés, y Clark *Short* pensó que tenía una boquita juguetona.

—Buenos días —saludó Clark, muy cortés—. Oiga, nena, juega usted bastante bien, ¿eh? —¿Y usted, quién es?— frunció el ceño el tipo de las piernas peludas. —¿Qué hace aquí?

—Estoy de visita. Me llamo Clark *Short*.

—¿De visita? ¿Por quién pregunta?

—Por el pillastre de Moss. Moss Lennan... Ya sé, ya sé —movió las manos—, él ya no trabaja aquí ahora, pero estoy esperando que salga alguien de la casa a decirme dónde puedo encontrarlo. Porque si no lo encuentro, alguien lo va a pasar muy mal.

—¿Quién?

—Yo. Me queda lo justo para una cerveza y una salchicha. Si el granuja de Moss no me echa una mano, estoy listo.

Era todo muy fácil de comprender. El sujeto de las piernas peludas encogió los hombros y continuó caminando hacia la casa, volviéndose sorprendido hacia la muchacha.

—¿No vienes, Jane?

—Sí, enseguida te alcanzo.

El otro vaciló.

—Bueno, tengo que cambiarme enseguida. Tu padre me está esperando, para clasificar las informaciones bursátiles, y...

—Lo sé. Voy enseguida.

—De acuerdo.

El otro siguió hacia la casa, y la muchacha miró con simpática sonrisa a Clark *Short*.

—¿Ha venido a pedirle un préstamo a Moss Lennan? —preguntó.

—Seguro. O lo que sea que me haga ganar dinero... Yo, por unos cuantos dólares, soy capaz de todo. Eso lo sabemos.

—¿Es usted capaz de todo? ¿Incluso... de trabajar?

—Bueno..., a veces exagero un poco, bella Jane.

La muchacha se echó a reír, mientras que en sus ojos volvía a aparecer la chispita de interés.

—¿Qué sabe usted hacer? —preguntó.

—Demonios, muchísimas cosas: freír tocino, tocar la armónica, cantar, bailar, nadar, pescar... y jugar al tenis mejor que el «pataspeludas».

—¿De verdad sabe tocar la armónica?

—¡Vaya...! Es uno de los muchos buenos recuerdos de la época dorada de mi vida.

¿Y cuál fue esa época dorada?

La de todo el mundo: la niñez.

—Oh.

—Fui *boy scout*, ¿sabe? Aquello sí que era divertido y hermoso. Ay, madre, madre... —Alzó los ojos al cielo—, ¿por qué me dejaste crecer?

—¿Cómo dice que se llama usted? —volvió a reír Jane.

—Clark *Short*. Bueno, en realidad, mi apellido es *Short* Worthy, pero no me gusta. *Short* suena mejor, ¿no le parece?

—Quizá. Pero es un apellido que no encaja con usted^[1].

—Eso también es cierto. ¿Y sabe qué, nena? Creo que por eso me gusta lo de *Short*. A un tipo van y le dicen: cuidado, que va a venir *Short*. Y el tipo se echa a reír: bueno, que venga, replica, pensando que le va a romper la tara al tal *Short*... ¿Usted comprende? Y entonces llego yo, que ya ve que soy una montaña de músculos, y voy y le rompo la cara al tipo. Hey, observe esto —hinchó el bíceps del brazo derecho—: hierro puro, nena, hierro puro.

—Le creo —rió de nuevo Jane—. Además de todas esas cosas divertidas, ¿qué más sabe usted hacer, señor *Short*?

—¡Huy...! Una vez, hasta me planché un traje. Eso era cuando tenía trajes. Luego, me volví honrado..., y desde entonces ni siquiera tengo armónica.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que..., oiga, ¿tengo que contarle mi vida? Yo sólo he venido aquí a ver a Moss, no a que me hagan la biografía ¿*Okay*?

—Creo que sí.

—Estupendo. ¿Verdad que le caigo simpático?

—Más bien sí —admitió Jane, sonriendo.

—Escuche, sólo dígame por dónde puedo llegar a la cocina y cómo se llama la cocinera: del resto me encargo yo..., a menos que usted me dé una recomendación.

—¿Tiene usted hambre? —Abrió mucho los ojos Jane.

—No se dice hambre: se dice apetito.

—¿De verdad quiere comer algo?

—Por si acaso, no acerque sus manitas a mí —gruñó Clark *Short*—. Y es que, además, rica, ¡está usted para comérsela!

—Me parece que será mejor que le acompañe a la cocina —tuvo que reír de nuevo Jane—: no quisiera terminar mis días en el estómago de un caníbal. Venga, señor *Short*: está usted invitado.

—¿Lo dice en serio?

—Venga.

—Y de Moss Lennan..., ¿qué?

—Ya arreglaremos eso. Venga, hombre.

Lo tomó de una mano, y tiró de él hacia la casa. En el vestíbulo, que dejó boquiabierto a Clark *Short*, estaba el mayordomo que respingó al ver a aquel sujeto caminando de la mano de la muchacha.

—Peter, el señor *Short* estará en la cocina —dijo ella.

Sí, señorita Jane.

Cruzaron el vestíbulo, recorrieron un largo pasillo, y desembocaron en la cocina, donde una mujer gorda, de cara simpática, y con delantal blanco, estaba ordenando alimentos en la mesa del centro.

—Minnie, el señor *Short* es mi invitado ocúpate de él.

—Sí, señorita Jane... ¡Qué hombre tan alto y tan guapo!,

¿verdad?

—Verdad —se apresuró a decir Clark *Short*—. ¡Vaya si es verdad! ¿Tiene usted novio, Minnie?

—No, señor.

—Pues me parece. —Clark se frotó las manos, guiñando un ojo —, que se le ha terminado ese problema.

—Volveré dentro de unos minutos —rió Jane.

—Dese prisa, o llegará tarde a la boda —indicó Clark.

* * *

Jane regresó siete u ocho minutos más tarde, con el cabello todavía un poco húmedo, fresca como una flor, y ataviada con un vestidito de falda corta que dejó a Clark atragantado con el último bocado de huevos con tocino.

—¿Ha habido boda ya? —preguntó la muchacha.

—No, no —rió Minnie—. ¡Pero por mi gusto ya estaría casada! ¡Clark es muy simpático!

—Eso —rió también Jane—, además de alto, guapo..., y de saber tocar la armónica. Cuando termine, mi padre le recibirá, señor *Short*.

—Ah —salió de su admiración Clark—. ¿De veras? ¿Cómo se ha producido el milagro? Parecía que fuese imposible molestar...

—Yo lo he arreglado. Pero no guarde rencor a Peter: él sólo obedece instrucciones, comprenda.

—Comprendo. Pues bueno, ya estoy listo para tres días por lo menos —se dio unas palmaditas en el estómago tras ponerse en pie, y miró a la obesa, simpática y más que madura Minnie—. Minnie: la amo.

Se inclinó, le dio un beso en la frente y salió de la cocina.

—Es muy simpático —puso Minnie los ojos en blanco.

Jane parpadeó, y salió en pos de *Short*.

Segundos después, le introducía en un despacho que, de nuevo, dejó boquiabierto al visitante. Era enorme, lujoso, lleno de libros, télex, varios teléfonos, cuadros carísimos, tres mesas de trabajo con supletorias para dictáfonos, máquinas de escribir, calculadoras... Sentado a una de aquellas mesas estaba el sujeto de las piernas peludas, pero ahora no se le veían, pues además de estar tras la

mesa, se había vestido correctamente. Las otras dos mesas estaban desocupadas.

Delante del gran ventanal por el que se veía el jardín, había una mujer, de pie junto a una silla de ruedas, en la cual, de espaldas a la ventana, estaba otro hombre. Spencer Wallen, por supuesto...

Papá —dijo Jane—, éste es el señor *Short*.

Éste se acercó al inválido, un tanto impresionado. Era un hombre verdaderamente notable. El pliegue de su boca, su mirada oscura y directa, la firmeza de su barbilla, la frente amplia, las abundantes canas en las sienes... Impresionante.

—Buenos días, señor Wallen —murmuró Clark—. Perdone que le moleste, pero...

—Entiendo que busca usted a Moss Lennan.

—Sí... Sí, señor, así es. Bueno, Moss y yo somos viejos amigos... Hace unos meses me lo encontré en Nueva York, tomamos unos tragos... Me dijo que le iba muy bien, y me dio esta dirección, por si alguna vez me encontraba en apuros.

—Entiendo. ¿Y se encuentra usted en apuros?

Clark *Short* parpadeó. Y de pronto, se encontró mirando a la mujer que estaba junto al inválido. Debía tener algo más de treinta años. Vestía con una seriedad escalofriante, y llevaba lentes. La impresión básica sobre ella era que debía ser tremendamente seria y eficiente. Seguro que era una secretaria de vieja escuela, con los cabellos recogidos en un moño, tan austera...

—Ella es Sally Bullock —dijo Spencer Wallen—, mi secretaria. Y él —señaló hacia el sujeto de las piernas peludas—, es John Hancock, mi secretario. Puede decir lo que sea, señor *Short*.

—Bueno, la verdad es que sí estoy en apuros... Y había pensado que Moss podía ayudarme. Me dijo que tenía un empleo muy bueno, y pensé... Bueno...

—¿Pensó conseguir un empleo como el de Moss?

—Pues... sí. Sí, señor. Lo que hiciese Moss, yo también soy capaz de hacerlo.

—¿Aparte de tocar la armónica?

Clark *Short* miró vivamente a Jane, y luego de nuevo a su padre, que le contemplaba con curiosidad creciente.

—Sí, señor, aparte de tocar la armónica.

Spencer Wallen quedó pensativo unos segundos, baja la cabeza,

como contemplándose los pies. De pronto, hizo un gesto con la mano que abarcó todo el despacho.

—Le voy a decir por encima cómo funciona esto, señor *Short*. Yo me dedico a jugar a la bolsa: compro valores, vendo valores, cambio valores... Acciones y cosas así. Si las mencionadas operaciones saben hacerse en el momento oportuno, se puede ganar mucho dinero. Si no se sabe hacer en su momento, se arruina uno en dos días. ¿Comprende?

—Sí, sí.

—Bien... En realidad, me dedico a esto porque algo hay que hacer, ¿no cree? Lo paso bien luchando siempre por conseguir más que nadie. No es por ambición desmedida, sino porque necesito trabajar, o me moriría. Aquí, en este despacho, ayudado por Sally y John, me siento feliz, tranquilo y seguro. Tengo varios agentes de bolsa y algunos auxiliares, que trabajan fuera, captando noticias relacionadas con este negocio... Moss Lennan era uno de esos auxiliares, y no lo hacía mal, ésa es la verdad. Pero fíjese bien, señor *Short*, ya que presionado por mi hija estoy intentando ser amable: no me gustan las complicaciones.

—Perdone, pero no entiendo que...

—Ya le he dicho que aquí me siento feliz, tranquilo y seguro. Es mi mundo, señor *Short*. Y no tengo que complicarlo por nada ni por nadie... Si Moss Lennan me hubiese dicho que había estado en la cárcel, yo jamás lo habría admitido.

—Entiendo —apretó los labios *Short*—. Ahora sí entiendo.

—Lo celebro. Cuando me enteré, por fin, de que Lennan había estado en la cárcel, le di una indemnización y prescindí de sus servicios. Y eso es todo. El se fue y no he vuelto a saber nada más. Se acabó, ¿comprende?

—Desde luego.

—Así que no puedo decirle dónde encontrará ahora a Moss Lennan. Lo siento. En cuanto a lo de darle trabajo a usted, pues...

—Me parece que no le conviene, señor Wallen: conocí a Moss en la cárcel, hace... ocho o nueve años, no recuerdo. Supongo que se entiende que yo también estaba preso, de modo que si antes tenía pocas probabilidades de que usted me emplease, ahora no tengo ninguna. ¿Cierto?

—Cierto. Lo lamento, de veras.

—Dudo de que usted lamente nada. Pero está en su derecho, naturalmente. Gracias por recibirme..., y, buenos días a todos.

—Espere un momento, señor *Short*. Entiendo que está usted en apuros.

Clark *Short* alzó las cejas, con expresión divertida.

—No me diga que va a ofrecirme dinero, señor Wallen.

—¿Por qué no? Mire, ya tuve complicaciones una vez por emplear a un ex presidiario, y no me quedaron ganas de repetir el intento, así que no me juzgue como una persona... despiadada. Si acaso cautelosa. Mi vida no es muy agradable, ya ve usted —señaló sus piernas—, de modo que no voy a complicármela, además.

—Es razonable lo que dice, en efecto.

—Usted también parece razonable. —Spencer Wallen sacó su billetera, y de ella unos billetes, que tendió a *Short*—. ¿Se arreglará con esto, mientras busca a su amigo Moss?

Clark *Short* miró los billetes; luego, a la secretaria, que le miraba con vivo interés, brillantes los ojos; finalmente miró de reojo a Jane Wallen, mientras tomaba el dinero.

—Se lo devolveré, señor Wallen —murmuró—. Muchas gracias. Al menos podré comer y dormir en una cama durante unos días. Gracias.

—Siento mucho no poder ayudarle más, señor *Short*.

—Ya es suficiente, se lo aseguro. Bien... Adiós.

—¡Hay una buena pensión cerca de donde yo vivo! —intervino de pronto la secretaria—. Y no es muy cara, me parece. Está en Pequonnock Street y se llama The Happiness.

—Gracias, señorita Bullock... Gracias a todos.

—Le acompañaré —susurró Jane.

Salieron del despacho, cruzaron el lujoso vestíbulo... Al salir al jardín, Clark agitó los billetes, sonriendo sardónicamente.

—Bien... Ya sabe usted otra cosa más que yo sé hacer: aceptar limosnas.

—No se lo tome así —murmuró ella—. Mi padre solo...

—Su padre es una buena persona, lo he entendido. Y usted también, señorita Wallen. Me hubiese gustado quedarme aquí, sí... Creo que es la primera vez que lamento realmente haber estado en la cárcel.

—Bien... Bueno, ¿por qué le... le...? Bueno...

—¿Insiste en escribir mi biografía?

—Estoy segura de que sería interesante.

—Usted es un bomboncito, señorita Wallen, así que vaya con cuidado: los tipos como yo lo menos malo que haríamos con usted sería morderla. Comprendo que voy a darle un disgusto, pero el consejo es bueno: olvídeme.

—Lo intentaré —murmuró ella—. Pero me gustaría...

—Adiós, bomboncito. Besos a Minnie.

* * *

El coche se paró junto a él, y, sin vacilar, Clark *Short* entró en la parte de atrás, junto al inspector Potters. Al volante, otro agente del FBI le miraba, sonriendo:

—El infalible Jim Peppard —saludó—. ¿Cómo te va?

—Se confunde usted, amigo —sonrió ceñudamente Peppard—: mi nombre es *Short*...

Clark *Short*.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Potters.

—Me parece, señor, que hemos metido la pata hasta el cuello. Hizo usted muy bien en no abordar directamente a Wallen.

—¿Por qué?

—Dudo que tenga algo que ver con todo este asunto. Los Wallen, la secretaria Sally Bullock, el secretario John Hancock, el mayordomo, la cocinera... Bueno, es una casa en la que me habría gustado quedarme.

—¿Qué me dices de Moss Lennan?

—Le despidieron hace unas semanas. Verá usted...

Clark explicó al inspector Potters lo sucedido en la mansión de los Wallen, sin ser interrumpido ni una sola vez. Al volante, el *G-man*

Lubbock escuchaba atentamente, mientras conducía hacia las afueras de Bridgeport; y fue el primero en hacer un comentario cuando Clark *Short* terminó su relato, cuando circulaba por North Avenue, por delante de Beechwood Park:

—O sea, que estamos como hace meses, ¿no es eso, Jim?

—Me temo que sí —masculló Peppard-*Short*.

—Sin embargo —reflexionó—. Potters, —tenemos una pista:

Moss Lennan. Y no vamos a dejarla. Moss Lennan debía tener amigos en Bridgeport, debía tratar con alguien... Estamos vigilando el apartamento que ocupaba, y cuya dirección encontramos en una de sus tarjetas, pero por ahí sí que es seguro que perdemos el tiempo, Jim: habiendo desaparecido Lennan, ninguno de sus amigos se acercará por allí. Por tanto, tenemos que buscar a sus amigos, de entre los cuales, seguramente a los cuatro que completan el grupo de máscaras azules.

—Supongo que así es, señor, pero un hombre puede tener muchos amigos.

—O sea —insistió Lubbock—, que estamos como al principio. No creo que ninguno de los amigos de Moss Lennan admitiera ser, además, cómplice en los atracos.

Quedaron los tres silenciosos, mohínos, hasta que *Short* preguntó:

—¿Qué hay de la llave de la caja de alquiler?

—Tengo a Mills y Gillman buscando —dijo Potters—. Por ahí no me preocupo: tardarán más o menos, pero hallarán esa caja. Y posiblemente, ya que la llave no llegó a su destino, sino que la tenemos nosotros, podamos recuperar el dinero del último atraco: unos seiscientos mil dólares.

—Algo es algo... ¿A cuánto asciende el total?

—Casi seis millones de dólares.

—No está mal, ¿verdad? —masculló Clark *Short*—. Demonios, esa gente tiene que estar muy bien dirigida, señor. En ocho atracos no han tenido ni un solo fallo... Lo saben todo, lo hacen bien todo, desde el primer momento... Daría cualquier cosa por conocer al jefe de ese grupo.

—Quizá era Moss Lennan —sugirió Lubbock—, no olvidemos que él llevaba la llave de la caja.

—No creo —negó *Short*-Peppard—. Hemos leído bien todo el expediente de Lennan, y no me parece la persona indicada para dirigir una cosa así. Además, sigo pensando que se dirigía a Bridgeport para entregar la llave y la máscara a alguien... Alguien en verdad inteligente, con grandes medios de información económica, muy al corriente del movimiento del dinero...

—Parece que estés describiendo a Spencer Wallen.

—No... El no, de veras. No, no, no.

—Estamos perdiendo el tiempo con cábalas —encogió los hombros Potters—. Será mejor que te vayas a esa pensión, Jim. Permanecerás allí dos o tres días, por si Spencer Wallen se interesa por ti.

—¿Qué quieres decir?

—Veamos... Si él no tiene nada que ver con esto, habéis terminado. Pero si tiene algo que ver, es posible que, habiendo desaparecido Moss Lennan, le busquen un sustituto. Y, ¿qué mejor sustituto que un ex presidiario amigo de Lennan? Por otra parte, si tu visita le ha parecido sospechosa quizá se interese por ti también en ese caso, y envíe a alguien a preguntar por Clark *Short* a esa pensión... En cuyo caso, se tranquilizarían sabiendo que, en efecto, estás ahí, indignado sobre el paradero de tu amigo Moss Lennan.

—De acuerdo, señor. Bueno, me apearé aquí mismo, y buscaré esa pensión llamada The Happiness.

CAPÍTULO III

Indudablemente, los gustos de Sally Bullock, la secretaria de Spencer Wallen, eran bastante selectos. La pensión The Happiness era, efectivamente, buena, pero, lógicamente, también más cara de lo que la secretaria parecía pensar. De todos modos, el agente del FBI, James Peppard se dijo que no tenía nada de malo vivir bien durante dos o tres días, gracias a la generosidad de Spencer Wallen.

La habitación estaba de cara al mar, y tenía una pequeña terraza desde la cual podía contemplarlo a sus anchas, a lo lejos, azul refulgente. También tenía baño, teléfono privado, y un pequeño saloncito con tres sillones, un pequeño buró y televisión.

—Me pregunto —se dijo Clark *Short*— qué entenderá esa mujer por no muy caro. Y apuesto a que Wallen le paga el sueldo de película... No me extrañaría que esa enciclopedia con gafas ganase más que un agente del FBI. Así es la vida.

Como quiera que aquella mañana había comido hasta hartarse en la cocina de los Wallen, no tenía el menor apetito a la hora habitual del almuerzo así que se tumbó en la cama y se dedicó a pensar..., hasta que se durmió. Cuando despertó, eran casi las cinco de la tarde.

—¡Qué barbaridad! —masculló.

Se duchó con agua fría, se envolvió en la toalla, y fue al saloncito, donde ocupó un sillón, encendió un cigarrillo, y volvió a elaborar teoría tras teoría. Nada servía de nada, y menos que cualquier cosa, su presencia allí. Lo único que podía dar resultado era conocer alguno de los amigos de Lennan, gente con la que se hubiese estado relacionando. Y esa información sólo podía obtenerla actualmente de dos maneras. Una preguntando por toda la ciudad de Bridgeport, lo cual era absurdo. Dos, volviendo a la

casa de Wallen y allá insistir en sus preguntas acerca de Moss Lennan...

¡Triliiiiinnnnnggg!, sonó el teléfono.

Clark Short no lo dejó sonar por segunda vez.

—¿Sí?

—¿Estás solo? —Oyó la voz del inspector Potters.

—Ah, señor... Sí, sí, claro.

—Bien, he llamado a la pensión, y me han dicho que el señor Short tenía el teléfono privado, así que podemos hablar. ¿O no?

—Sí, señor. ¿Qué ocurre?

—Ya hemos encontrado la caja. Y, efectivamente, dentro de ella estaban los seiscientos mil dólares del último atraco.

—¡Estupendo...! ¿Qué más?

—Nada más. Sólo estaba el dinero, en una maleta vieja.

—Ya. ¿En Nueva York o aquí, en Bridgeport?

—En Nueva York, en la Let Box Manning, calle Cuarenta y Seis.

—¿Han preguntado...?

—Gillman y Wills lo han preguntado todo, naturalmente. Era la primera vez que Moss Lennan alquilaba una caja allí, no tenía ninguna caja más, y la que tenía la había alquilado hace quince días. Eso es todo. Absolutamente todo, Jim.

—Pues sí que estamos bien —masculló el—

G-man

. ¿Ninguna noticia del apartamento de Moss Lennan?

—Ninguna.

—Mmm... Bueno, señor, yo me voy muriendo de asco aquí, la verdad. ¿Qué le parece si me diese una vuelta por ese apartamento? A lo mejor tenemos ahí una pista grande como un elefante y nos estamos dedicando a perder el tiempo.

—Quizá tenga razón, Jim, pero no me parece conveniente, por el momento. Si hay una pista, ahí estará cuando nos decidamos a entrar en el apartamento, y, por otra parte, puede que esa pista obligue a alguien a ir a retirarla en cualquier momento. Y si no hay ninguna pista en el apartamento, nada perdemos con esperar a que alguien se impacienta del todo esperando a Lennan y vaya a verle.

—Una pregunta, señor: ¿por qué es usted más listo que yo?

—Digamos —rió Potters—, que soy más viejo. Hasta luego, Jim. Te seguiré informando si hay algo de nuevo.

—Pues sí que me ha tocado una parte divertida en este asunto... En fin, hasta luego, señor.

Colgó, se dejó caer de nuevo en el sillón, y encendió otro cigarrillo... ¿De manera que Moss Lennan había alquilado la caja hace quince días? Pues sí que era prevenido el hombre. Naturalmente, ello indicaba que quince días atrás el último atraco ya se estaba preparando. Preparando tan bien como todos los demás. Ocho atracos, ocho, obras de arte. Ni un solo muerto, ni un herido siquiera. Fantástico.

—No sé qué daría por conocer al cerebro de este grupo de mascaritas azules —reflexionó—. Tiene que ser un tipo listo sin la menor duda... ¡Triliiiiinnnnngggg...!

—¿Y ahora? —preguntó el

G-man.

—¿Señor *Short*? —Oyó la voz femenina.

—Sí... Sí, sí, diga.

—No sé si me recuerda usted, señor *Short*. Soy..., soy la secretaria del señor Wallen, y...

—Por supuesto que la recuerdo, señorita Bullock. Usted fue muy amable al recomendarme esta pensión: se está muy bien.

—Lo..., lo celebro... Bueno, yo..., yo sólo quería saber si..., si había seguido mi sugerencia, y..., y si estaba usted bien...

—Ya ve que he seguido su sugerencia, y que estoy perfectamente. Gracias. ¿O no es cosa suya esta llamada?

—Sí, sí... Bu... bueno, es que... es que yo había..., había pensando que...

—¿Se encuentra usted bien? ¿Le ocurre algo?

—No, no. Estoy bien, pero es que no..., no sé si debo... decirle algo que..., que he recordado... Es sobre Moss, sobre Moss Lennan, claro...

—Claro... —Se irguió *Short*, interesadísimo—. ¿Qué ha recordado usted sobre Moss, señorita Bullock?

—Bien, pues... Mire, señor *Short*, yo tengo un buen empleo, y..., y usted ya ha conocido al señor Wallen. Quiero decir...

—La entiendo perfectamente. Y tenga la seguridad de que el señor Wallen jamás sabrá por mí que usted me está ayudando a localizar a Moss. ¿O no se trata de eso?

No sé. Quizá le ayude a usted a encontrarlo, supongo. No es que

sepa dónde está Moss, pero creo que he recordado el nombre de un amigo suyo. Me lo presentó una tarde en...

—¿Qué amigo es ése? ¿Sabe dónde encontrarlo?

—No, eso no. Si no recuerdo mal, su nombre es Dennis Blakeston... No sé más, señor *Short*.

—Quizá sea suficiente —murmuró el

G-man

—. Le estoy muy agradecido, señorita Bullock. Dígame: ¿por qué hace esto? ¿Quizá... había algo entre usted y Moss?

—Oh, no. No, no. Bueno, éramos buenos amigos... Moss era bastante simpático, y salimos un par de veces. Como amigos... Sólo como amigos...

—Lo creo, lo creo —dijo amablemente *Short*—. Conozco bien a Moss, y no me sorprende que a usted le pareciera simpático.

—Usted..., usted me lo parece más, y... y... Bu... bueno, adiós, señor *Short*. Espero haberle ayudado... ¡Adiós!

—Seño...

Clic, oyó el sonido del auricular de Sally Bullock al ser colgado... Y se quedó mirando el suyo, perplejo al principio. Luego, sonrió. En su mente apareció la imagen de Sally Bullock, como una perfecta fotografía: tan seria, tan austera, con aquel moño casi de anciana, con lentes...

—Vaya con la secretaria... —sonrió—. ¡No tiene mal gusto la dama!

Colgó, y quedó unos segundos pensativo. De pronto, tomó el directorio telefónico, lo abrió, y comenzó a buscar: Blakeston, Blakeston, Blakeston... Allá estaba: Blakeston, Dennis, 514 Lordship Road.

* * *

Era un edificio de apartamentos. Y en el vestíbulo estaba el nombre: Dennis Blakeston, apartamento 7, C. Empujó la puerta de cristal, y fue directo hacia el ascensor. Séptimo piso. Puerta C.

No hubo respuesta a sus llamadas. Durante tres minutos estuvo insistiendo, hasta darse por vencido: nadie le abría aquella puerta. Con lo que podía llegar a una conclusión rebosante de lógica y probabilidades: Dennis Blakeston podía ser muy bien cómplice de

Moss Lennan, se había asustado al no comparecer éste en un momento determinado, y había levantado el vuelo. Así de simple.

Y si Blakeston había levantado el vuelo, los otros tres componentes de la banda de máscaras azules debían haber hecho lo mismo. Mala suerte. Pero tenía sentido: ¿cómo iban a estar esperando indefinidamente cuatro hombres a su socio, si éste no daba señales de vida, no les avisaba de su retraso por teléfono, o telegrama, o cualquier medio justificándolo, tranquilizándolos?

«Yo habría hecho lo mismo», pensó.

También pensó en avisar a la delegación del FBI de New Haven, para que ésta, por medio del radioteléfono, avisase al inspector Potters a su coche, indicándole que el agente Peppard le citaba en el 514 de Lordship Road. Pero ¿y si resultaba que el tal Blakeston, simplemente estaba por ahí, cenando o divirtiéndose, y pensaba regresar a su apartamento? La presencia de la policía o del FBI no pasaría desapercibida para él, y entonces sí que emprendería el vuelo a toda velocidad. Mientras que quizá hasta entonces estuviese esperando noticias de Lennan sin ninguna inquietud...

Algo que formaba parte de la indumentaria y caracterización del agente del FBI como Clark *Short*, era una pequeña navaja de uso múltiple, artefacto cuya vulgaridad de uso encajaba en un tipo como se suponía era *Short*. Éste la sacó, abrió la hoja, hurgó en la cerradura..., y en pocos segundos la puerta estuvo abierta.

Entró, ajustó la puerta tras él, y estuvo unos segundos inmóvil, escuchando. Silencio. Estaba anocheciendo, y el apartamento se hallaba sumido en penumbra; sólo por una ventana del fondo entraba un resplandor rojizo. El

G-man

dio un paso hacia allí, otro paso...

Y de pronto, se detuvo en seco, palideciendo, al mismo tiempo que apretaba con los dedos las aletas de su nariz. Sin abandonar este gesto, siguió caminando hacia aquella ventana, que correspondía al dormitorio del apartamento. Encontró el interruptor, encendiendo la luz, y enseguida vio el cadáver.

Estaba en pijama, caído junto a la cama, de cara al techo, con los ojos abiertos. En el pecho se veía una amplia mancha de sangre seca.

Clark *Short* se acercó a la ventana abierta, y se asomó,

respirando a pleno pulmón un aire infinitamente más agradable que el hedor a muerte que había en el apartamento.

Volvió a oprimir sus fosas nasales, y regresó ante el cadáver.

¿Dennis Blakeston? Bueno, ¿quién, si no?

Se estremeció contemplando aquel rostro crispado, de un color amarillo claro, clarísimo... Realmente, parecía de cera. Bien, ¿qué demonios podía hacer él con un cadáver?

* * *

—Yo diría que unas cuarenta y ocho horas —dijo el forense.

—Pues con este calor y dos días de muerto, no me extraña que huela tan mal —masculló Potters—. ¿Será tan amable de informarnos cuanto antes del resultado de la autopsia, doctor?

—Sí, sí, con gusto. ¿Podemos llevárnoslo ya?

—Desde luego. Ya hemos tomado las fotografías y demás... Llévenselo, y así podremos trabajar a fondo en este apartamento... Supongo que no me llamaste desde este teléfono, Jim.

—¡Llamé desde uno de la calle!, señor. Demonios. ¡Vaya una pregunta de hacer a un agente del...!

—Tienes razón, perdona. Maldita sea, no me gusta esto... No es un asesinato... corriente por decirlo así. Es algo premeditado, planeado... Alguien vino aquí sabiendo que este hombre lo iba a recibir, fuese a la hora que fuera, aunque estuviera durmiendo...

—No estaba durmiendo, señor. La cama está intacta.

Ah... Bueno, ya iremos estudiando todos los detalles. Pero tengo la certeza de que no vamos a encontrar ninguna huella que nos ayude, en este apartamento, salvo recoger un cadáver, sólo podemos hacer una cosa: perder el tiempo.

—En ese caso, señor, creo que mi presencia no es necesaria. Me gustaría, por tanto, dedicarme a otra cosa.

—¿A qué?

—Pues con su permiso, señor, me gustaría hacerle una visita a una dama cuarentona, con un moño y gafas.

* * *

La puerta del apartamento la abrió una muchacha que dejó sin respiración a Clark *Short*: vestía una vaporosa batita casera que le llegaba poco más abajo de las caderas, iba descalza, y sueltos sus largos cabellos negros; sus ojos eran de un bellissimo azul-gris,

y su barbilla y su boquita resultaban despampanante mente deliciosas. En suma, una muñequita de alrededor de veinticinco años..., que al ver ante la puerta a Clark *Short* lanzó una especie de gemido, se sofocó, y se llevó las manos al busto, como aterrada.

—Pues no soy tan feo —frunció el ceño simpáticamente el *G-man*

—. ¿Está la señorita Bullock? Quisiera... ¡Oiga...!

La muchacha había dado ya la vuelta, y corría hacia el fondo del apartamento, donde desapareció. Clark *Short* volvió a fruncir el ceño, vaciló un par de segundos, y optó por entrar, cerrando la puerta tras él.

En el coquetón recibidor salita, entre otras muchas cosas encantadoras, había un espejo redondo, de recargada cornucopia, y fue hacia allá, se miró, y movió la cabeza.

—Sinceramente, no soy tan feo —se volvió, y alzó la voz lo suficiente para ser oído—. Oiga, pimpollo, ¿está o no está la señorita Bullock en casa?

—En... enseguida salgo, señor *Short* —oyó la voz de Sally Bullock—. Siéntese, por favor.

—Ah, gracias...

Se sentó en un sillón, miró a su alrededor, y una vez más frunció el ceño. Se estaba muy bien allí, demonios. Sobre una mesita de imitación de mármol había una caja de cigarrillos, y al lado un encendedor con pie de mármol grande como una naranja, haciendo juego.

—Pues vaya...

Abrió la caja, tomó un cigarrillo, y alzó el pesado encendedor, contemplándolo con curiosidad. Lo accionó, y, al mismo tiempo que brotaba la llamita, el encendedor emitió una musiquilla de lo más simpática: tata-tatachinchín-chin-chin-chin...

—*Minueto*, de Bocherini... ¿Qué te parece, cielito? —Se pasmó *Short*.

Dejó el encendedor pensando que sería hartoo difícil robarlo, y de

nuevo miró alrededor. Seguro: aquel apartamento sólo podía estar ocupado por persona..., o personas de buen gusto, amantes de la comodidad y la elegancia juntas, y...

—Pe... perdone que... que le haya hecho esperar...

Clark *Short* se puso en pie al ver aparecer a Sally Bullock, y quedó atónito. La secretaria de Spencer Wallen estaba materialmente envuelta en una gruesa bata de invierno, y calzaba zapatillas de color rojo que debían ser un par de hornos para sus pies. Además, llevaba el moño muy mal hecho, y los lentes torcidos, y...

El agente del FBI pasó a la estupefacción más grande de su vida, de pronto. Quedó tan tan estupefacto que tardó cinco o seis segundos en reaccionar. Entonces, se acercó a Sally Bullock, alzó una mano, y le quitó los lentes. Luego, llevó la mano hacia la bata, y la entreabrió, mirando el contenido...

—Se... señor *Short*, ¿qué... qué hace usted...?

El señor *Short* dejó de fisgar en el interior de la bata y soltó los cabellos de Sally Bullock, que cayeron en hermosa lluvia negra, brillante. Luego, el señor *Short* retrocedió un paso, y farfulló:

—¿Usted... es quien me ha abierto la puerta...?

—Sí, sí, pe... pero estaba... estaba...

—¡Estaba usted sensacional! Por todos los demonios, ¿a qué viene este disfraz de ahora..., y el que usa en casa del señor Wallen?

—No..., no es un disfraz... Es que..., es que...

—¡Es que narices! —exclamó Clark *Short*—. Vamos, déjese de tonterías y quítese esa bata y las zapatillas. ¡Pero hija de mi vida, se va a abrasar usted de calor!

—Es que no..., no tengo otra cosa adecuada a mano...

—Escuche, ¿a quién quiere tomar el pelo? ¡Tal como la vi antes estaba usted adecuadísima! Pero oiga, ¿qué pretende usted, jovencita?

—¡Yo no pretendo nada! Es sólo que soy una persona seria, señor *Short*.

—Pues me parece estupendo. Pero es que, tal como la vi esta mañana, además de seria me pareció usted vieja. ¿Cuántos años tiene usted?

—Veintiséis...

—Pues me parece estupendo. Pero es que, tal como se viste y arregla aparenta cuarenta. ¡Vamos...! Hijita no hay que pasarse de rosca... Quizá no esté bien ir por la calle enseñando el ombligo, pero es un delito público privar de su belleza a quienes están cerca de usted. ¡Santo cielo, si es todo un bombón!

—Usted..., usted está intentando ser amable...

Clark *Short* soltó un bufido.

—Mire, vamos a dejarlo en un término medio, ¿le parece? No le voy a pedir que se quede con aquella... blusita, o lo que sea, pero quítese esa bata y póngase algo más fresco. Y descalza estaba usted muy bien... En suma, como si yo no estuviese aquí, señorita Bullock.

—Pe... pero... es que..., es que está usted aquí.

—Sí, claro. —*Short* guiñó un ojo—. Bueno, mire, si usted quiere pasar calor, es cosa suya. Pero contésteme a una pregunta con sinceridad: ¿Se considera fea?

—No... Francamente, no, señor *Short*.

—Entonces, ¿a qué viene todo esto de querer aparentar más edad?

—No es eso lo que pretendo. Sólo pretendo parecerle una persona seria al señor Wallen. Me informé bien sobre él, y sé que es un hombre muy serio y severo. El empleo era muy bueno, y pensé que no le gustaría ver a una chica con minifalda por su despacho...

Entiendo. Está bien. Oiga, ¿de verdad no se va a quitar esa bata?

Sally Bullock vaciló. Luego fue al dormitorio, y regresó calzada, con minifalda, y con un jersey rojo que desorbitó los ojos de Clark *Short*.

—Santo cielo...

—¿Qui... quiere usted... tomar algo...?

—No... Mejor que no. Escuche, ¿de verdad piensa que el señor Wallen se molestaría si la viese a usted así por su despacho?

—Con toda seguridad.

—Debe estar loco... Bueno, señorita Bullock, yo he venido a pedirle un favor...

—¡Oh, sí, el que quiera...! Bu... bueno, qui... quiero..., quiero decir que...

—Que le soy... simpático —sonrió *Short*.

—Sí —bajó ella la mirada—. Sí, sí.

—¿Le parece que nos sentemos juntos en el sofá? Así no tendremos que alzar la voz para oírnos el uno al otro.

Sally Bullock se sentó en el sofá, y puso las manos sobre las rodillas. Clark *Short* fue a sentarse junto a ella, y le dio una palmadita en las manos.

—Relájese —murmuró—. Estuve en la cárcel, cierto, pero no fue por delitos de este tipo, señorita Bullock: no soy un maníaco sexual, téngalo por seguro.

—Yo... yo... yo no... no he pensado...

—Estupendo.

—¿Qué..., qué favor quiere usted... pedirme?

—Pues como usted ha dicho que me concedería el que yo quisiera, me parece que estoy pensando en pedir mucho, señorita Bullock. Por ejemplo, besarla. Cualquier hombre desearía lo mismo viéndola... así, no como la vi en el despacho del señor Wallen. ¿Qué pasaría si le pidiese ese favor?

Sally Bullock le estaba mirando intensamente. De pronto cerró los ojos, y su rostro se acercó un poco al de Clark *Short*, que se quedó mirando aquellos frescos labios un tanto temblorosos. El agente del FBI parpadeó... Luego, puso una mano en la nuca de Sally Bullock, acabó de acercarla a él, y la besó. Todavía percibió, por un instante, el dulce temblor de los labios femeninos. Luego, el beso fue correspondido, mientras los bracitos de Sally rodeaban su cuello, y los finos dedos de la muchacha se hundían en sus cabellos...

La cabeza del

G-man

se llenó de sonidos de campanas, o algo parecido. A pesar de esto se habría quedado así cualquiera sabe hasta cuándo, si, de pronto, no hubiese recordado quién era realmente, y qué estaba haciendo allí.

Apartó suavemente a Sally, y dijo, con voz tensa:

—¡Felicidades!, Clark.

—¿Qué..., qué...?

—Yo me entiendo. Dígame, señorita Bullock: ¿es usted tan amable con todos sus visitantes?

Sally se puso en pie de un salto, respingando.

—¡Claro que no! ¿Cómo puede decir...?

—Lo siento, lo siento. —*Short* también se puso en pie, y la tomó

en los brazos, acercándola a él—. De veras lo siento, Sally.

Yo..., yo nunca había... permitido que..., que ningún... hombre...

—Perdóname —él la volvió a besar en los labios, y sonrió—. Y escucha ahora el verdadero favor que quería pedirte: ¿quieres venir conmigo?

—¿Adónde? Oh, no importa: sí.

—¿No te importa adónde vamos?

Una dulce sonrisa apareció en los labios de ella.

—No, Clark.

—Iremos al apartamento de Dennis Blakeston.

—¿Den...? Ah, el amigo de Moss Lennan. Bueno, iré, sí... ¿Para qué?

—Le han asesinado.

Sally Bullock abrió la boca, inicialmente en su gesto de estupefacción, que enseguida se convirtió en aterrado; sus ojos se desorbitaron, y la muchacha cayó de nuevo sentada en el sofá, como una muñequita a la que se le ha terminado la cuerda.

Clark *Short* volvió a sentarse también, y le tomó las manos.

—Es decir, creemos que es él, puesto que estaba en el apartamento de Dennis Blakeston y en pijama, pero... te agradecería que lo identificases, Sally. ¿Quieres hacerlo?

Ella asintió con la cabeza; todavía sobrecogida de espanto. Clark la besó de nuevo en los labios, se puso en pie, y tiró de sus manos.

—Será mejor que te vistas de otro modo para salir: no quiero llamar la atención llevándote conmigo... Pero, por favor, tampoco te vistas a estilo secretaria del señor Wallen. ¿Comprendes?

Ella volvió a asentir, y empezó a caminar hacia el dormitorio. En aquel momento, sonó el teléfono. Sally fue allá como un autómatas.

—¿Diga...?

—¿...?

—¡Oh...! Oh, sí, sí —se volvió hacia Clark, tendido el auricular—. Es para ti...

—Gracias. Ve a cambiarte, mientras tanto —tomó el auricular, y se quedó mirando fascinado al despanpanante caminar de la muchacha hacia el dormitorio—. ¿Diga?

CAPÍTULO IV

—Jim, soy yo... —Oyó la voz de su jefe, el inspector Potters—. ¿Puedo hablar?

—Sí, desde luego, señor. ¿Dónde está?

—Todavía en el apartamento de Blakeston. He llamado desde aquí al teniente Riley, a su departamento, para pedirle ayuda en un detalle, y me ha facilitado una información complementaria..., que quizá pueda sernos útil.

—Ojalá. ¿Qué información es ésta?

—Precisamente, Riley me estaba buscando, para ponerme al corriente. Es curioso lo que pasa con los testigos de ciertos hechos: ven cosas, no las recuerdan en absoluto, y, de pronto, les vienen a la memoria... Estoy hablando de Orson Durkin, el hombre que chocó con su coche contra el que conducía Moss Lennan... ¿Recuerdas al hombrecillo?

—Claro.

—Bien. Hace unas tres horas, llamó al teniente Riley desde Nueva York, adonde, naturalmente, le permitimos seguir el viaje después de indicar dónde podríamos encontrarle... Pues bien: Orson Durkin ha llamado a Riley para decirle que, de pronto ha recordado el coche.

—¿El coche? ¿Qué coche?

—El señor Durkin estaba tan asustado por lo sucedido que el hecho quedó sepultado en su inconsciente. Y de pronto, lo ha recordado: un coche se acercó al lugar del accidente a los pocos segundos de producirse, se detuvo al borde de la carretera, y luego siguió su camino, hacia Nueva York, a toda velocidad. Era un coche descapotable, de color azul claro..., y el señor Durkin recuerda parte de la matrícula.

—¡Estupendo...! —farfulló Clark *Short*- Jim Peppard. —Pero me pregunto si vamos a dedicarnos ahora a perseguir a esa clase de personas que nos ayudan a...

—No se trata de eso, demonios, Jim. ¿No lo entiendes? ¡En ese coche muy bien pudiera haber estado la persona a la que Moss Lennan tenía que entregar la máscara y la llave! En lugar de encontrarse en Bridgeport, que estaba ya muy cerca, podían encontrarse en la carretera, detener un momento ambos coches, cambiar de manos la llave y la máscara, y seguir cada uno su camino... El teniente Riley se va a dedicar a localizar ese coche utilizando la parte de matrícula que recuerda el señor Durkin.

—Bien... Como teoría no está mal, señor. Pero ¿no le parecería... demasiada suerte?

—Sí. Claro que si a ti se te ocurre algo mejor en qué ocuparnos...

—La verdad es que no —refunfuñó *Short* ante la evidente ironía de su jefe.

—Pues a mí, sí. Aparte de esa pista del coche, tenemos otra: una pequeña libreta que hemos encontrado aquí, evidentemente propiedad de Dennis Blakeston, y en la que hay números de teléfonos y un nombre... extraño.

—Me parece que no comprendo, señor. ¿Quiere decir que hay varios números de teléfono para un solo nombre?

—No... No, no. Mira, en esa libreta hay sólo números de teléfonos, no nombres de personas. Un solo nombre de persona, sólo números de teléfono. Y luego hay un nombre:

«Old Fisher».

—¿«Viejo pescador»? ¿Y eso qué significa?

Hombre, todavía no lo sabemos. Pero nos vamos a dedicar a buscar algo que se llame «Old Fisher», que puede ser... no sé, un bar, un restaurante, un club... Y también buscaremos a las personas cuyos números de teléfono hemos encontrado en la libreta.

—¡Fiiuuu...! Ése es un trabajo que...

—Terminaremos enseguida... —atajó alegremente—. La libreta es nueva; de esas de tapas negras, ¿comprendes?, y por el momento Blakeston había anotado solamente seis números.

—Eso sí que es suerte —murmuró Clark *Short*—. Bueno, quizá consigamos algo, desde luego. ¿Se va a encargar el teniente de

buscar a los usuarios de esos números y a lo que se llama «Old Fisher»?

—Sí. El es de aquí, así que puede utilizar todos sus recursos con más rapidez que nosotros. También buscará la matrícula... O sea, que podemos descansar unas horas Yo creo que estamos sobre la buena pista, Jim.

—Ojalá, señor.

—Bien... ¿Qué hay de esa secretaria cuarentona, con moño y lentes?

—Oh, pues... ¿Se han llevado el cadáver de Blakeston, supongo?

—Sí, claro. Hace rato.

—¿Le parece que nos veamos en la Morgue, señor? Allá le presentaré a la señorita Bullock...

* * *

El inspector Potters consiguió por fin cerrar la boca, y apartar su mirada de aquella hermosa joven de grandes y bellos ojos azul-gris, rostro delicioso y cuerpo sensacional.

—Encantado, señorita Bullock... —masculló, mirando de reojo a su agente—. Oye, ¿no sería mejor que tú le hicieses una visita al oculista para que te recetase unos lentes?

—Mi vista no es perfecta —aseguró *Short-Peppard*—. Luego le explicaré eso, señor. Ahora sería conveniente que Sally viese el cadáver..., no sea que estemos haciendo el tonto.

—Lo dudo —rechazó Potters—, pero ciertamente, todos los cadáveres deben ser identificados. Por favor, señorita ¡Bullock!, venga por aquí....

Un minuto más tarde, demudado el rostro, Sally Bullock se hallaba ante el cajón frigorífico que habían abierto. Se mordió los labios, y asintió con la cabeza. Clark *Short* cerró el cajón de un manotazo, y musitó:

—¿Es él? ¿Lo recuerdas bien, Sally?

—Sí... Sí, es él, estoy segura...

—Me parece que ya hemos molestado bastante por hoy a la señorita Bullock —dijo Potters.

—No..., no es molestia, pe... pero me... me parece que... que no

me encuentro muy bien...

—Llévala a su apartamento —dijo Potters—. Yo voy a ocuparme de poner en marcha todo el asunto de Balística, esperar la autopsia, colaborar con Riley... Todo eso.

—Sí, señor —asintió *Short*—. Bueno, dejaré a la Señorita Bullock en su casa, y vendré a...

—No, no. Asegúrate que ella está bien, y luego vuelve a tu alojamiento. No quiero que te vean danzando por ahí toda la noche. Y duerme con un ojo abierto, Jim.

—¿Qué quiere decir?

—Sabemos muy bien que Dennis Blakeston ha sido eliminado deliberadamente. El era amigo de Moss Lennan... Y tú, querido Clark *Short*, también lo eres... ¿No? Hasta tal punto que... Sí. Me parece muy conveniente que cambies de alojamiento, muchacho.

—Entiendo —el

G-man

se pasó la lengua por los labios—. Pero si yo me cambio de alojamiento, es más que posible que perdamos una posibilidad de... contacto, señor. O sea, una pista.

El inspector Potters lo miró hoscamente.

—No me haría ninguna gracia que esa pista fuese tu cadáver. Así que oye bien esta orden: cambia de alojamiento. ¿Está lo bastante claro?

—Sí, señor, llamaré al teniente Riley para que le diga a usted dónde voy a estar. Pero digo yo que si no voy a estar en ese apartamento de The Happiness, bien podría ayudar a...

—Maldita sea, estoy intentando quitarte de la circulación, no me has parecido nunca tan tonto, Jim.

Éste refunfuñó algo, tomó de un brazo a Sally, y ambos salieron de la Morgue. Sólo cuando estuvieron sentados en el coche de ella, el

G-man

al volante, la muchacha lo miró y susurró:

—Ése... ese hombre al que llamas «señor», no te ha llamado Clark ni una sola vez, sino Jim...

—Mi verdadero nombre es James Peppard..., agente especial del FBI.

—¡Oh...! Pe... pero no... no comprendo entonces por qué...

—Sally: es mejor que no comprendas nada. Y estoy pensando... Bueno, quizá yo sea un poco exagerado, pero me parece que te voy a retirar de la circulación.

—¿Qué...? —Respingó la muchacha.

Jim Peppard le dio una palmadita cariñosa en una rodilla, sonriendo.

—¿Te gustaría pasar la noche conmigo en un motel?

—¡Clark!

—Jim... —corrigió él—. Y no me mires así, no se trata de eso. Pero me parece buena idea que alquilemos una bonita cabaña para pasar la noche. Tú en la cama del dormitorio, y yo en el sofá. Ya te dije que no soy un maníaco sexual... ¿Te parece bien el nombre de señor y señora Flanagan?

—Lo que tú digas...

—*Okay*. Ahora dime tú dónde encontramos un motel que sea adecuado para nosotros..., señora Flanagan.

* * *

Sí, sí, eso es, al teniente Riley: sólo dígle que avise a quien él ya sabe que Clark *Short* está en el Dundee Motel, por si me necesitasen. Que pregunte por el señor Flanagan.

—Estupendo, gracias. Adiós.

Jim Peppard cortó la comunicación con el Departamento de Policía de Bridgeport, y se sentó en el sofá, en el cual tendría que pasar la noche. Por el camino habían comprado bocadillos, leche y cerveza, pero no café, y eso dejó bastante fastidiado al *G-man*.

Y para colmo, cuando sacó el paquete de cigarrillos lo encontró vacío... Pero tardó unos segundos en darse cuenta consciente de ello, porque mientras sus dedos hurgaban el paquete, su mente estaba ocupada en otras cosas.

Sí... El inspector Potters podía muy bien tener razón: en aquel coche descapotable color azul claro, quizá estaba la persona a la que Moss Lennan debía entregar el sobre con la máscara y la llave de la caja de alquiler..., donde habían encontrado los seiscientos mil dólares del último atraco. Era muy posible que aquella persona y Moss Lennan se hubiesen encontrado, en plena carretera, muy

pocos segundos después, de no haberse producido el accidente cuyo origen estaba en una simple mancha de lubricante. Se hubiesen encontrado, habrían frenado, Moss le habría entregado el sobre..., y cada cual habría seguido su camino, o Moss habría dado la vuelta antes de llegar a Bridgeport, mientras que la otra persona habría hecho lo mismo, para regresar a Bridgeport, cruzándose de nuevo con Moss Lennan, que, entregado el sobre, regresaba a Nueva York...

Podía ser eso.

Pero también podía ser que la persona que conducía aquel coche, simplemente, tras detenerse por instinto al ver el accidente, fuese de las que no quieren complicarse la vida, y se hubiese dado a la fuga. Eso es corriente en las carreteras.

«Lo seguro —reflexionó Peppard— es que encontrarán el coche y a su ocupante de ese momento, desde luego. Se las cargará, no faltaría más. Ahora falta saber si se las cargará por no auxiliar a un accidentado..., o si además vamos a tener en la red a la persona lista del grupo, a ese brillante cerebro que ha... confeccionado nada menos que ocho atracos perfectos. Y bien pensado, creo que en ese coche descapotable iba, precisamente, esa persona lista... ¿De qué otro modo, si no, se iba a haber enterado de que Moss Lennan había muerto?

»Sí... También podía ser eso: la persona que iba en el coche descapotable era quien, efectivamente, tenía que coger el sobre de manos de Moss Lennan; pero ve el coche accidentado, y sabe que es el de Lennan; se da a la fuga..., pero permanece lo bastante cerca, discretamente, para enterarse, al fin, de que, en efecto, era Lennan, y que ha muerto. Pero... ¿ha muerto en el acto en el accidente, o... ha dicho algo antes de morir? Si ha dicho algo, quiere decir que todo puede venirse abajo... Entonces, esa persona toma sus precauciones, después de comprender que a ella no la ha delatado Lennan, pues, de ser así, la habrían ido a buscar enseguida. Por lo tanto, Lennan no ha podido delatarla. Pero... ¿ha sucedido lo mismo con Dennis Blakeston, y con los demás miembros de la banda de cinco? Quizá Lennan sí haya delatado a Blakeston, o a cualquiera de los otros tres. Puede ser. Y entonces, ¿por qué tiene que correr riesgos una persona tan lista? Mata a Dennis Blakeston, y una boca queda cerrada. Sí, lo mata el mismo día del accidente, por

la noche..., por eso el cadáver olía tan mal, llevaba más de cuarenta y ocho horas allí, en pleno verano... Una boca cerrada, igual que la de Moss Lennan. Entonces, quedan tres miembros de esa banda... Y uno de ellos, el jefe, se está dedicando a matar a los otros, para salvarse, para no correr riesgos de que, si los cazamos, puedan revelar su identidad... Se va a quedar solo, pero con más de cinco millones de dólares y... a salvo, sin temer nada. Nadie podrá delatarlo, porque los únicos cuatro hombres que saben la verdad están muertos... Porque no me cabe duda de que, si encontramos a los demás, los encontraremos muertos...

»Sí, señor: un cerebro de primera categoría para planear los atracos... Y una mentalidad fría, implacable, de asesino. ¿Las cosas se han complicado? Muy bien: se elimina a toda la banda, y ya está... Sólo tiene que esperar un tiempo, arreglárselas para enviar los cinco millones y pico de dólares fuera del país, posiblemente a Europa, y luego irse allí a darse la gran vida... para siempre. Ocho atracos, cuatro muertos..., y cinco millones de dólares para el personaje listo del grupo...».

Por fin, Peppard se dio cuenta de que estaba haciendo pedazos el paquete de cigarrillos, y que ni siquiera así encontraría dentro ni uno solo. Arrugó el paquete, lo dejó sobre la mesita, y fue hacia la puerta del dormitorio, a la cual llamó con los nudillos.

—Sally, ¿puedo pasar?

—Oh, sí, Jim... Pasa.

Empujó la puerta y entró, diciendo:

—¿Tienes cigarr...?

El final de la palabra «cigarrillos» fue sustituida por una exclamación atragantada del *Gman*, cuyos muy abiertos ojos contemplaban a Sally Bullock.

—¿Quieres cigarrillos? —preguntó ella, sonriendo.

—¿Eh...?

—¿Has venido a pedirme cigarrillos?

—Sí... Sí, sí... ¡Demonios, te he preguntado si podía pasar, y me has dicho que sí!, ¿no es cierto?

—Sí, claro —se sorprendió ella.

—Bu... bueno, pe... pero... pero..., ¡hija de mi vida!, ¿tú te das cuenta de cómo estás?

Sally le miró, y se mordió los labios.

—Yo... yo creo que sí me... me doy cuenta...

—¿Y cómo te atreves a recibirme así?

—Pe... pero yo..., yo creía que a ti te... te gustaba la... la naturalidad, o sea, que... que no te gustaba que... que quisiera parecer más vieja, y que... Yo... yo... yo... yo creía... —¿Tienes cigarrillos?— casi aulló Jim Peppard.

—Sí... Sí.

—¡Pues dame unos cuantos, por favor!

—Pero, Jim, ¿por qué gritas...?

—¡Que me des unos cuantos cigarrillos, digo!

—Sí... Claro, enseguida...

Se movió, caminó..., y Jim Peppard tuvo la sensación de hallarse, de pronto, en la cubierta de un barco en alta mar..., durante una tempestad. Sally quedó de espaldas ante él, inclinada sobre su bolso, que había dejado en una butaquita, y Peppard alzó la mirada hacia el techo.

No la bajó ni siquiera cuando oyó de nuevo aquellos pasos que parecían de baile, y la dulce voz de ella:

—¿Qué te pasa, Jim?

—Es que tengo tortícolis... ¿Me das esos cigarrillos?

—Aquí están... —Se los puso en la mano—. ¿Quieres algo más... de mí?

—No... —masculló el

G-man

—. ¡Qué va! Lo único que quiero es fumar..., y tumbarme ahí fuera, en el sofá, a ver si se me pasa... la tortícolis.

Y salió a toda prisa, sin dejar de mirar hacia el techo.

CAPÍTULO V

Lo primero que vio al abrir los ojos fue el techo. Parpadeó, y mientras lo hacía volvió a sonar el teléfono. Se sentó en el sofá, y miró hacia el aparato, que volvía a sonar... Había sol en el bonito *living* de la cabaña..., y aún entró más, procedente de la ventana del dormitorio cuando la puerta de éste se abrió, y apareció Sally, todavía con un gesto de sobresalto en el rostro, mirando hacia el sofá.

—Yo contesto... —farfulló Peppard, caminando hacia el teléfono —. ¿Diga?

—Hola, señor Flanagan.

—Ah... Buenos días, señor.

—Tengo noticias para ti.

El

G-man

miró su reloj.

—Así lo supongo, para que me llames a las siete y diez de la mañana... ¿Qué ha ocurrido?

—Como ocurrir, nada grave. Sólo hemos estado obteniendo pequeños resultados. ¿Te gustaría saber lo que es eso llamado «Old Fisher»?

—«Viejo pescador»... ¿Qué es, señor?

—Una lancha..., con radioteléfono.

—Humm... Parece que da usted una importancia especial al hecho de que esa lancha contenga teléfono, a mí me parece una cosa bastante corriente.

—Lo es. Pero resulta que el número de ese radioteléfono es uno de los seis que había en la libretita de Dennis Blakeston.

—Estupendo. ¿Sabe también a quiénes corresponden los demás

teléfonos?

—Jim, vamos a encontrarlos dentro de unos minutos en el extremo de Main Street, junto a Seaside Park. La lancha ha sido incluso localizada y quiero que vengas conmigo allá.

—De acuerdo, señor.

—Pero antes, pasa a recoger a la señorita Bullock a su apartamento. La vamos a necesitar.

—¿La señorita Bullock? ¿Para qué?

—Ya te lo diré. Pasa a recogerla.

—Pues..., Oh, sí, señor, sí, claro.

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada. Estaré junto a Seaside Park dentro de quince o veinte minutos. ¿Está bien así?

—Vale.

El inspector Potters colgó, y Peppard hizo lo mismo, pensativo. Se volvió, y respingó al encontrarse a Sally ante él, mirándole sonriente, dulcemente.

—Buenos días —saludó ella.

Le echó los brazos al cuello, y le besó. Jim Peppard se dijo que era un hermoso despertar, y que sería una estupidez estropearlo, después de todo, así que se dedicó con gran entusiasmo a desearle a su vez los buenos días a Sally Bullock, que emitió un gemidito, y apretó más con sus brazos el cuello del

G-man...

, de modo que éste decidió cortar el matutino saludo antes de que las cosas se complicasen.

Apartó a Sally y dijo:

—Me parece que voy a tener tortícolis también esta mañana, si no te vistes pronto.

—Oh, es verdad... ¿Ya no te duele el cuello?

—Volverá a dolerme. Ve a vestirte... Nos vamos de aquí enseguida, a ver a mi jefe.

—Sí, me has mencionado... ¿Por qué? ¿Qué estabais hablando de mí?

—Solamente sé que mi jefe asegura que vamos a necesitarte. No sé más, de veras. Date prisa: no quisiera hacerle esperar.

—Caramba —se sorprendió el inspector Potters—, ¡qué rapidez, Jim! Si me descuido llegas antes que yo, a pesar de haber tenido que ir a recoger a la señorita Bullock a su apartamento...

—¿Recogerme? —Parpadeó Sally—. ¡Pero si no hemos estado en mi apartamento!

—¿Qué...?

—Hemos pasado la noche juntos, inspector Potters, y en la misma cabaña... ¿Por qué menciona mi apartamento?

—Caracoles —dijo Lubbock, al volante del coche en el que había llegado Potters al lugar de la cita.

Por su parte, Potters se limitó a mirar fijamente a Jim Peppard, que abrió la boca, encogió los hombros, y frunció el ceño.

—Bueno —dijo el inspector del FBI—, luego nos explicarás eso, que supongo que ha sido razonable. Volved al coche de la señorita Bullock, y seguidnos. Vamos directos adonde está la lancha «Old Fisher».

Desde allí, no tardaron ni dos minutos en llegar al embarcadero, y Peppard no necesitó esforzarse mucho para localizar la lancha «Old Fisher», pues el teniente Riley estaba en la cubierta, en actitud de espera. Cerca del borde del embarcadero había un coche de la policía, y junto al vehículo un agente uniformado. Cuando Potters, Lubbock, Peppard y Sally subieron a la lancha, dos hombres salían del interior de ésta, y como quiera que Riley los mirase interrogante, movieron negativamente la cabeza.

Riley saludó con un gesto a todos, y se acercó con el inspector Potters.

—Parece que no hay nada interesante adentro, aunque ya se verá mejor más adelante. En cambio, aquí fuera sí hemos visto algo que sí es interesante.

—¿De qué se trata?

El teniente de la policía señaló cerca de sus pies, a la cubierta. Potters y Peppard se arrodillaron, y examinaron aquellas manchas oscuras, secas. Eran como pequeños brochazos. Peppard hizo saltar con una uña una pequeña parte de aquella mancha, la puso en la palma de su mano, y la acercó a Potters, que refunfuñó:

—No necesito tanto para saber que es sangre.

—Me las voy a dar de listo, señor —murmuró Jim Peppard—, vamos a encontrar a los tres sujetos que faltan... Es decir, a dos,

según mis cálculos. Pero los encontraremos muertos, seguro —miró a Riley—. ¿No hay nadie ahí dentro?

—Mis hombres no han encontrado a nadie. Y el sitio no es tan grande que pueda esconderse una persona. ¿Por qué supone que vamos a encontrar a alguien muerto? —Anoche estuve pensando... ¿Podemos conseguir un par de hombres-rana?

—Si me dan media hora, los tiene aquí equipados ya.

—Vale.

Riley se volvió hacia uno de sus hombres, le hizo una seña, y el policía saltó del embarcadero, y caminó hacia el coche de la policía. Potters, que había estado contemplando con el ceño fruncido las manchas de sangre, miró de pronto a Peppard.

—Bueno, ¿y qué estuviste pensando?

Jim Peppard lo explicó, bajo la atención de su jefe, de Riley, y de la muy sorprendida Sally Bullock, terminando:

—... De donde se desprende que el jefe del grupo, el sujeto listo, ha visto las cosas más complicadas, y ha decidido eliminar a sus cómplices, esperar un tiempo, y largarse con el dinero.

—Todo eso —dijo Riley—, basado en que encontraron muerto a Dennis Blakeston.

—Sí.

—Bueno, no está mal. Y ahora, usted espera que los hombres-rana encuentren dos cadáveres en el fondo, bajo el casco de esta lancha.

—Más o menos. Casi me apostaría un año de sueldo a que encontramos a un par de hombres muertos ahí abajo... Vean: las manchas de sangre son alargadas, es decir, como si alguien que estuviese sangrando hubiese sido arrastrado hacia la borda.

—Sí... —asintió Potters—. Podría ser, desde luego, pero tú pareces considerar que en todo este asunto sólo han estado interviniendo cinco hombres, ¿no es así?

—Pues..., sí, sí, claro. Los atracadores de las máscaras azules eran siempre cinco, señor.

Potters sacó una cuartilla doblada, que tendió a Jim.

—Es la lista de los teléfonos y a quiénes pertenecen.

- Teléfono, Myron Foy.
- Teléfono, Aarón Stevens.

- Teléfono, Lon Adams.
- Teléfono, Moss Lennan.
- Teléfono, John Hancock.
- Teléfono, «Old Fisher».

—John Hancock... —susurró Peppard—. ¡El secretario del señor Wallen! Pero entonces. Bueno, si a esta lista sumamos el nombre del propio Blakeston, resulta que tenemos seis hombres, no cinco...

—¿Y eso no te sugiere nada?

—Bien... —Jim se pasó la lengua por los labios—. Demonios, podría ser que el tipo listo fuese John Hancock, y que los otros cinco fuesen... los operarios de los atracos.

—Podría ser, en efecto —asintió Potters—. Evidentemente, cada uno de estos seis hombres tenía su propio apartamento, cosa que me parece muy lógica. Y además, tenían la lancha, seguramente a disposición de todos, para pescar o hacer pequeños viajes. Si alguno de ellos tenía algo que decirle al otro, y no lo encontraba en su apartamento, sabía que podía llamar a esta lancha. Así de simple. En cuanto a la posible intervención de Hancock, no resulta en absoluto sorprendente, ¿verdad?

—No... No es sorprendente. Ese hombre de las piernas peludas tiene que estar muy bien informado de todo aquello que hablamos, señor: movimientos de dinero, informes financieros..., ¡qué sé yo!, todas esas cosas. Debido a su trabajo con él señor Wallen, su caudal de información... ¡Por el cielo! ¿Qué estamos esperando para ir a por él?

—Precisamente por eso te pedí que vinieras con la señorita Bullock... —Potters la miró amablemente—. Esperamos de usted que pueda decirnos algunas cosas de su compañero de trabajo, señorita Bullock.

—Yo... yo no sé... Pe... pero ¿qué... qué está ocurriendo?

—¿Jim no la ha informado del asunto?

—No... No.

—Pues ha tenido tiempo, durante toda la noche —miró ahora Potters a su agente—. ¿No te parece?

—Preferí no complicarle la vida a Sally —masculló Jim.

—Eso me parece muy considerado. Bien, señorita Bullock, usted es una joven muy inteligente, estoy seguro. Ha escuchado lo suficiente, con la explicación de Jim hace unos minutos, para tener una idea bastante clara de todo esto. Ahora, díganos: ¿qué le parece a usted John Hancock?

—Pu... pues... No sé... Bueno, él es un hombre muy correcto, inteligente, serio... Yo... yo... yo no sé qué es lo que me pregunta usted exactamente, inspector.

—Usted y él cobran un sueldo del señor Wallen... ¿Le ha parecido en alguna ocasión que el señor Hancock vivía a un ritmo superior a su sueldo?

—No... —se sorprendió Sally—. No, no.

—¿Salía —mucho con Moss Lennan cuando éste trabajaba todavía para el señor Wallen, como ustedes?

—¿Con Moss? No... Bueno, no sé. Es muy posible que alguna vez saliesen juntos, pero eso debía parecerme tan natural que no podía prestarle atención.

—¿Alguna vez vio a uno u otro interesado de modo especial en los informes financieros o de movimientos de dinero que recibía del despacho del señor Wallen?

—¿De un modo especial? Pe... pero ¿cómo... cómo puedo yo saber eso,...?

—¿Usted salió alguna vez con él señor Hancock?

—Si... Bueno, todos éramos buenos amigos...

—Eso lo entiendo perfectamente. ¿Está segura de que el señor Hancock nunca se sobrepasó en sus gastos?

—A mí me parecía que todo lo que gastaba podía gastarlo. El señor Wallen es un hombre que sabe pagar muy bien a sus empleados...

—Yo diría que estamos perdiendo el tiempo, señor... ¿Por qué no vamos ahora mismo a por John Hancock? Aunque... Bueno...

Potters miró irónicamente a Peppard.

—Sigue, hombre, sigue. Aunque, ¿qué? Bueno, ¿qué?

—Pues es que, claro, la simple inclusión de su nombre en una libretita para teléfonos, no es gran cosa, ¿verdad? Hancock era amigo de Moss Lennan, y Moss Lennan era amigo de Dennis Blakeston; así que quizá podría explicarse la inserción del nombre de Hancock en la libretita de Blakeston: Moss Lennan le pudo decir

que si alguna vez lo buscaba, y no lo encontraba en su apartamento ni en esta lancha, le preguntase a Hancock si Moss estaba de viaje por asuntos de trabajo, o algo así... ¿No?

—Exacto. Por eso, antes de dar un solo paso hacia John Hancock, yo preferiría esperar la posibilidad de encontrar con vida a alguno de estos tres sujetos de la lista que aún no conocemos.

«Myron Foy, Aaron Stevens y Lon Adams. Luego ya veremos».

—De acuerdo, señor.

—Yo... yo tendría que ir a trabajar —dijo Sally.

Potters y Peppard cambiaron una mirada. Y luego, el primero, preguntó:

—¿Qué pasaría si usted llamase por teléfono al señor Wallen diciendo que no se encuentra bien esta mañana, y que por tanto no irá a trabajar, señorita Bullock?

—Nada... Supongo que el señor Wallen se sentirá un poco contrariado en el aspecto del trabajo, pero es un hombre muy considerado: me diría que me mejorase, y me preguntaría si necesitaba algo...

—Eso es lo lógico —asintió Potters—. Ciertamente, nosotros no tenemos derecho a perjudicarla a usted en su trabajo, pero podemos... rogarle que llame al señor Wallen y le diga eso. Le diré por qué, señorita Bullock: no queremos que John Hancock la vea a usted esta mañana.

—¿Por qué? —se sorprendió Sally.

—Porque ese Hancock tiene que ser muy listo y quizá notaría algo raro en usted, le haría preguntas... Tengo la certeza de que usted no sabría escapar a las trampas que él le tendiese. Le rogamos que no vaya hoy a trabajar. ¿Por favor?

—Está bien.

—Gracias. Jim la va a acompañar a buscar un teléfono por ahí, y le dirá lo que tiene usted que decir. Luego, vuelvan aquí, y esperaremos todos a ver si esos hombres-rana encuentran algo bajo esta lancha.

CAPÍTULO VI

Pues no.

No encontraron dos cadáveres.

Encontraron tres.

Tres cadáveres.

Primero uno, y luego dos, casi juntos los hombres-rana de la policía los subieron a la superficie, y de allí fueron izados a la lancha. Uno de ellos tenía un anclote atado a los pies. El segundo, un saquito de arena. El tercero, un cinturón de plomos de los que utilizan los hombres-rana. Los tres habían sido muertos a balazos. Dos de ellos, de frente, y el otro por la espalda. Entre los tres, sumaban nueve balazos.

Sally Bullock, finalmente, se encontró mal de verdad.

Así que, considerando que Sally, en realidad no servía de nada allí, el inspector Potters decidió enviarla a su apartamento. Jim Peppard sugirió que no, que fuese al Dundee Motel, y que esperase allí, y la sugerencia fue aceptada. Un policía acompañó a Sally Bullock al motel, y regresó diciendo que la había dejado más tranquila, más serena...

Para entonces, había llegado la camioneta de la Morgue; y el forense, que dictaminó, aunque no categóricamente, que aquellos tres hombres llevaban muertos no menos de tres días, es decir, que según facilísimos cálculos, habían muerto aproximadamente a la misma hora que Dennis Blakeston, el primer cadáver.

Mientras tanto, fueron llegando más noticias. Los agentes del FBI que habían ido en busca de los hombres de aquella lista a los apartamentos localizados por medio del número de teléfono, llegaron al embarcadero, y dieron a Potters el informe, ya innecesario, de que no habían encontrado a ninguno de los tres

buscados en sus apartamentos. Para entonces, incluso se había podido comprobar la identidad de uno de ellos, por medio de documentos que fueron cuidadosamente desplegados de su billetera por Jim Peppard: era Lon Adams. Es decir, que no hacía falta gran esfuerzo mental para llegar a la conclusión de que los otros dos eran Myron Foy y Aarón Stevens.

Pero tampoco eso fue todo. Desde el Departamento de Policía llamaron al teniente Riley a su coche, y éste, tras conversar un par de minutos por la radio, regresó a la lancha.

—El coche descapotable de color azul claro, cuyos primeros números de matrícula teníamos... Ha sido localizado por fin. Es un coche viejo, que ha sido vendido varias veces.

Al parecer, su último propietario es John Hancock.

—Qué sorpresa —gruñó Jim Peppard.

—¿Vamos a por él, señor? —propuso él

G-man

Lubbock.

—Sería absurdo esperar más, en efecto —murmuró Potters—. John Hancock es todo lo que nos queda... Han muerto los cinco hombres que, salvo que estemos muy equivocados, eran los que llevaban a cabo la parte material de los atracos; tenemos la lancha «Old Fisher» incluida en la lista de la libreta de Blakeston... Sólo nos queda, pues, John Hancock. Claro que vamos a ir por él ahora mismo. Pero... sin complicar las cosas.

—¿Complicar las cosas? —Se pasmó Lubbock.

Peppard soltó un bufido.

—¡Demonios, señor, tenemos...!

—Quiero decir que irás tú solo, Jim. Vas a volver a la casa del señor Wallen, muy tranquilo, como Clark *Short*, un tipo pesado... Y una vez allá simplemente agarras por el pescuezo a John Hancock. ¿Comprendes?

—Sí, señor —sonrió duramente Peppard—. No tendrá tiempo ni de sorprenderse. —Más vale que no tenga tiempo de nada— se estremeció Potters. —Un hombre capaz de cometer cuatro asesinatos en un intervalo de un par de horas no es alguien a quien se le puedan conceder muchas oportunidades de reaccionar.

—No le daré tiempo.

—Y, además, lo queremos vivo, Jim. Ese hombre sabe dónde hay

cinco millones y pico de dólares robados.

—Pierda cuidado, señor. Los recuperaremos.

—De acuerdo. Vamos allá.

* * *

El sujeto de los pantalones más viejos de América se detuvo ante las verjas de la hermosa casa con antepasados, y llamó. A los pocos segundos, el mayordomo aparecía, proveniente de la casa.

Esta vez, cuando se detuvo ante Clark *Short*, había en el rostro del mayordomo un gesto más familiar.

—Hola, Peter —saludó *Short* alegremente—. ¿Qué tal?

—Muy bien, señor. Gracias.

—¿Y Minnie? ¿Eh? ¿Qué tal está nuestra estupenda cocinera?

—Haciendo su trabajo, naturalmente.

—Así me gusta. Cada cual a su trabajo... ¡Hay que trabajar!, ¿no es cierto?

—Sí, señor. *Todos* tenemos que trabajar.

—Ésa es una buena indirecta —rió Clark *Short*—. Pero ya me llegará la hora a mí.

Mientras tanto, le toca a usted: ¿qué tal si abre estos barrotes y me deja pasar?

—Señor *Short*, ya sabe usted que...

—Escuche, le diré una cosa: voy a entrar de todos modos, enamoraré a la señorita Wallen, me casaré con ella..., y entonces haré que lo despida de esta estupenda casa. ¿Le gusta la idea?

—No, señor —casi rió Peter.

Movió la cabeza como quien se da por vencido, y abrió. Clark *Short* entró, esperó a que el mayordomo cerrase de nuevo, y le pasó un brazo por los hombros, simpáticamente, echando a caminar hacia la casa.

—Amigo Peter, de todas maneras pienso casarme con la señorita Wallen, porque es mi tipo, ¿comprende? Como suele decirse, a mí me gustan todas, pero las rubias... ¡Ah, demonios, las rubias, es que me vuelven loco!

—Son bastante llamativas —asintió Peter, sonriendo.

—¿Llamativas? Bueno, yo no las definiría así. Más bien diría que... Sí, que al ser rubias parecen más claras, con más luz. ¿Me

entiende?

—No, señor.

Clark *Short* se echó a reír, palmeando la espalda del mayordomo.

—Bien, ¿qué pasa hoy? ¿No juegan al tenis la señorita Wallen y el señor Hancock?

—No, señor. El señor Hancock no ha venido hoy a trabajar, así que...

—¿No ha venido? —Se detuvo Clark *Short* en seco.

—No, señor.

—Pero... Hum... ¿Quizá telefoneó, diciendo...?

—No, no. Simplemente, no ha venido. El señor Wallen me pidió que llamase al señor Hancock esta mañana, lo hice así, pero sin resultado: al teléfono no contestaba nadie. Insistí un par de...

—¿Al teléfono no contestaba nadie...? —murmuró *Short*—. ¿Qué quiere decir con eso, Peter?

El mayordomo quedó desconcertado.

—Me temo que yo tampoco sé lo que quiere usted decir.

—¿Podía contestar otra persona que no fuese el señor Hancock?

—Ah... No, no, señor. El señor Hancock vive solo... Ha sido una manera de hablar.

—Bien... Decía usted que insistió un par de veces...

—Siempre sin obtener respuesta. El señor Wallen está muy contrariado..., y ocupado esta mañana porque tiene que trabajar solo, ya que llamó la señorita Bullock, diciendo que se encontraba indispuesta, y que no vendría.

—Ah, ¿tampoco ha venido la secretaria? —fingió *Short* ignorar esto—. Bueno, Peter, me parece que tiene razón esta vez: no sería considerado por mi parte molestar al señor Wallen en estas condiciones. El fue muy amable y generoso conmigo... Será mejor que vuelva en un momento más oportuno.

Dieron ambos media vuelta, de regreso a la verja. Allí se despidieron, y en cuanto Clark *Short* estuvo seguro de que Peter no podía verlo, sacó la radio de bolsillo, abrió el canal, y en el acto oyó la voz del inspector Potters:

—¿Sí, Jim?

—Pasen a recogerme con el coche, señor. Enseguida.

—Bien.

Cerró la radio, la guardó, y se quedó parado, sombrío el gesto...

El coche apareció antes de medio minuto, enfiló hacia el
G-man

, se detuvo ante él, y Peppard. *Short* entró en el asiento de atrás. Lubbock, al volante, le estaba mirando, vuelta la cabeza, y Peppard le hizo una seña para que reanudase la marcha, lo cual hizo en el acto.

—¿Qué pasa? —masculló Potters.

—El pájaro ha volado, señor.

—¿Cómo que ha volado? —Respingó Potters.

—No ha venido a trabajar, ni está en su apartamento. El mayordomo le ha llamado tres veces esta mañana, sin obtener respuesta.

El inspector del FBI se pasó una mano por la cara, con gesto rabioso.

—Maldita sea mi estampa —farfulló—. ¡Si hubiéramos venido a por él antes, tal como decías...!

—De acuerdo, señor. Pero el pájaro ha volado. Y sí alzó el vuelo ayer por la tarde, ya no lo atrapamos.

Puede estar en Canadá, e incluso, si tomó algún vuelo nocturno, podría estar ya en Sudamérica... Y no creo que se haya... olvidado los cinco millones y pico.

Potters estaba pálido. Lubbock estaba pálido. Peppard estaba pálido... No era para menos: habían tenido al alcance de la mano al jefe de los atracadores de las máscaras azules, y ahora, quizá el inteligente sujeto de las piernas peludas, estuviese tomando el agradable sol del invierno en Río de Janeiro.

—Supongo que debemos hacer algo —deslizó Lubbock.

—Podríamos abofetearnos los tres, unos a otros —sugirió Peppard—. Con su permiso, señor, claro.

Potters le dirigió una mirada fulminante.

—No es momento de bromas, Jim.

—No, señor. Es momento de hacer —el último intento. Podemos llamar a los aeropuertos, etcétera, preguntando si un pasajero llamado...

—Conozco todo ese proceso —gruñó Potters—. Y, desde luego, eso es lo que vamos a hacer.

—También cabe la posibilidad de que Hancock no se haya marchado a ninguna parte, sino que esté haciendo alguna gestión

personal que le retrasa en su llegada a casa de Spencer Wallen —dijo Peppard—. Al fin y al cabo, si tan listo es, sabe que la huida significa una autoacusación. Podemos tardar más o menos en pillarle, pero ya sabemos a quién buscamos. Y para hacer esto no valía la pena que se molestase en asesinar a cuatro de sus cómplices para silenciarlos.

—Quizá lo hizo porque quería para él todo el dinero... —insistió Lubbock.

—Es una posibilidad muy vulgar, pero aceptable —encogió los hombros Peppard—. Yo creo que operaban del siguiente modo: John Hancock lo planeaba todo, se reunía con los cinco, y procedían a preparar el golpe; una vez realizado, se separaban, para regresar cada uno por su lado a Bridgeport, donde sabemos que residían los cinco... El último en llegar era el que se había ocupado de esconder el dinero robado...

—Puede que Moss Lennan fuese siempre el encargado de eso —dijo Lubbock.

—Puede, pero es un detalle sin importancia, me parece. Lo cierto es que en esta ocasión, Moss Lennan fue el último en regresar a Bridgeport desde Nueva York, en donde estuvo para dejar el dinero robado en la caja alquilada por él mismo quince días antes a la Let Box Manning. Naturalmente, todo esto lo hacía sin prisas, con todas las precauciones. Luego, regresaba hacia Bridgeport, y como últimamente no trabajaba ya con Wallen y, por tanto, no tenía por qué verse con Hancock, no lo hacían abiertamente, sino recurriendo al pequeño truco de cruzarse en la carretera. Entonces, entregaba a Hancock la máscara azul y la llave de la caja de alquiler, y seguía su vida normal en Bridgeport, igual que los otros cuatro, que ya habían entregado antes sus máscaras a Hancock. Luego, éste, hacía un rápido viaje a Nueva York, iba a la Let Box Manning o a la compañía de alquiler de cajas que fuese, y retiraba el dinero, para llevarlo a otra parte..., con las otras cantidades robadas.

—¿Quieres decir que no han gastado ese dinero?

—Ni un centavo —gruñó Potters—. Jim tiene razón: eran muy listos. Iban acumulando dinero, seguramente con el propósito de terminar con los atracos cuando hubiesen reunido la cantidad que cada uno se había fijado para largarse a vivir como reyes a cualquier parte... Y mientras tanto, llevaban una vida normal,

gastando el dinero que ganasen normalmente.

—Ya... O sea, que John Hancock se ha largado con todo el dinero que habían reunido en los ocho atracos..., es decir, en siete, ya que el último lo recuperamos. Demonios, me gustaría meterle mano a un tipo como ese Hancock, señor.

—Lo vamos a encontrar... —farfulló Potters—. ¡Maldita sea, lo vamos a encontrar aunque se haya ido a la... al Polo Sur! Lo primero que vamos a hacer es darnos una vuelta por su apartamento: quizá allí encontremos alguna pista... ¡Qué optimismo!, ¿verdad?

—Yo creo que sí, señor —asintió Peppard—. Pero no creo que llegue mucho más lejos en esa media hora que perdamos. Por mi parte, si le parece bien, creo que debería pasar a recoger a Sally, y decirle que puede reanudar su vida normal.

—De acuerdo —tuvo que aceptar Potters—. Te estaremos esperando en el apartamento de Hancock.

—Está bien. Veamos si encuentro un taxi que me lleve al motel...

* * *

Lo primero que hizo Sally Bullock fue echarle los brazos al cuello y besarle, dulcemente. Luego, preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—Pues ha pasado que el pájaro ha volado —gruñó Peppard—. Es muy posible que esté ahora paseando por Copacabana..., lo cual no es ninguna mala idea.

—¿Quieres decir que John... que John Hancock se ha escapado?

—Exactamente. Y con una ventaja insuperable... ¿A qué hora os marchasteis ayer de la casa del señor Wallen?

—Serían las cinco y media, más o menos.

—¿Salisteis juntos de allí?

—No. El se marchó unos minutos antes.

—Ya. ¿Te pareció que tenía prisa, o que estaba nervioso, asustado...?

Sally Bullock parpadeó, y luego estuvo unos segundos pensativa, como absorta.

—No exactamente —murmuró—. Más bien me parecía...

deprimido.

—¿Deprimido? —se sorprendió el agente del FBI.

—Sí. Como... triste, deprimido... Sí, algo así.

—¿Pero no nervioso, ni asustado?

—Pues no... No, la verdad. Deprimido y triste, sí...

—Vaya... Qué reacción tan sorprendente. En fin, ya nos la explicará cuando lo encontremos.

—¿Lo estáis buscando?

—¿Qué te parece? —Gruñó Peppard—. ¿Qué le vamos a dejar vivir tranquilamente con cinco millones de dólares robados y cuatro asesinatos en su cuenta? ¡Ya lo creo que lo estamos buscando...! Y lo encontraremos, no te quepa la menor duda. Bien, si tienes algo que recoger aquí, hazlo, y te llevaré adonde quieras... Te sugiero que vayas a ayudar a tu jefe, que está...

—Oh, no, Jim.

—¿No? ¿Por qué?

—Esta mañana dije que no me encontraba bien, y si me presento ahora, el señor Wallen puede comprender que era mentira... Es un hombre muy serio, muy recto. Muy amable, pero...

—¿Crees que le disgustaría esa mentira?

—Estoy segura. Por mal que lo pase hoy, nada malo va a ocurrirle, y mañana yo pondré todo el trabajo al corriente... No me gustaría perder este empleo, la verdad..., a menos... que ocurra algo que... que haga innecesario que yo trabaje...

—Ejem... Bueno, hermosa morena, el caso es que...

Bip-bip-bip-bip..., se oyó en intermitente zumbido en el pecho de Clark *Short*. Y éste sacó la radio a toda prisa, admitiendo la llamada.

—¿Sí?

—Jim —sonó la voz de Potters—: ven inmediatamente al apartamento de John Hancock.

El

G-man

abrió la boca, pero ni siquiera llegó a decir una palabra, porque Potters había cerrado el canal.

—Caramba —murmuró por fin Peppard-*Short*—. ¿Qué puede haber ocurrido ahora? Sally, ¿te importaría llevarme en tu coche al apartamento de Hancock? ¿Luego, puedes ir al tuyo..., y ya nos

veremos. *Okay?*

—Lo que tú digas, Jim.

—Pues eso digo. Demonios, ¿qué debe pasar ahora? ¿Qué clase de pista nos habrá dejado el pájaro que ha volado...?

CAPÍTULO VII

Pues no.

El pájaro no había volado.

Estaba allí, en su confortable, casi lujoso apartamento con vista al mar.

Y, como se dice vulgarmente, se había volado la tapa de los sesos.

Estaba caído de lado en el sofá, hacia la izquierda... LO cual podía explicarse porque el impacto del balazo en la sien derecha, lógicamente, lo había empujado hacia la izquierda.

Todo estaba clarísimo.

Junto al cadáver, es decir, ante él y el sofá, estaba la pistola con silenciador, sobre la alfombra. John Hancock vestía de calle, precisamente el traje con el que Peppard le había visto el día anterior en el despacho de Spencer Wallen, y la conclusión sólo podía ser ésta: John Hancock sale de trabajar, se va a su apartamento, se sienta en el sofá; reflexiona, él sabrá sobre qué y cuáles son sus temores, si bien, lógicamente, debe haberse «olido» que algo está marchando mal para él. Entonces se pega un tiro en la sien que le destroza parte de la cabeza; y termina el asunto.

Jim Peppard dejó de contemplar el cadáver, y miró a su jefe, que permanecía a su lado, sombrío. Dentro de muy poco, llegaría una vez más la camioneta de la Morgue, y el forense, y el equipo de huellas... Vuelta a empezar..., aunque esta vez no valía la pena molestarse demasiado, ya que la cosa estaba bien clara.

Peppard se rascó furiosamente la coronilla, se acercó al ventanal, encendió un cigarrillo, y se quedó mirando el mar, azul, refulgente al sol del mediodía.

—¿Me das uno? —Se colocó Potters a su lado—. Se me han

terminado.

Se dedicaron a fumar los dos, pensativos, mirando hacia el mar. Hasta que Jim Peppard soltó un bufido y exclamó:

—Ese tipo tenía que estar loco, señor.

—Simplemente, se asustó.

—Sally dice que no.

—¿Cómo...?

—Dice que ayer no estaba asustado, sino triste y deprimido, y cosas así. Pero no asustado.

—No creo que valga la pena definir tan escrupulosamente su estado de ánimo. Además, la depresión y la tristeza también conducen al suicidio, Jim.

—Sí, pero... ¿por qué estaba deprimido y triste?

—Hombre, Jim.... ¡Se le estaba echando encima el FBI!

—Seguro, seguro, señor. Pero... ¿cómo lo sabía él?

—Vamos, vamos —masculló Potters—. Tú sabes que esta clase de gente nos huele a mil millas. Podemos engañar a personas como el señor Wallen, su hija, la señorita Bullock, un mayordomo y una cocinera..., pero esta clase de gente nos detecta en el acto.

Jim Peppard volvió a rascarse la coronilla.

—En lugar de pegarse un tiro, pudo largarse, ¿no? Sólo tenía que controlar sus nervios hasta salir de casa de Spencer Wallen, venir aquí a recoger algunas cosas imprescindibles, asegurarse de que podría poner los cinco millones en vía al destino de él mismo, y largarse en cualquier vuelo nocturno: Europa, Sudamérica, Asia... El mundo es muy grande.

—Si tu presencia le hizo sospechar que el FBI estaba tras él, tenía que saber que lo cazaríamos, tarde o temprano. Quizá era eso lo que provocó su depresión.

—Vamos, Señor... Me parece que estamos de acuerdo en que John Hancock era un sujeto muy inteligente, ¿no es así?

—Debemos pensar que sí —admitió Potters.

—¿Y cree usted que un sujeto tan inteligente se suicida por simples temores al FBI? Además, no nos engañemos: nosotros no somos infalibles... Ahí tiene usted nuestra famosa lista de Los Diez Más Buscados Por el FBI. Siempre hay diez delincuentes sueltos que merecen el... «honor» de figurar en esa lista. ¿Y quiénes son? La mayor parte de las veces, unos pobres diablos, pero con suficiente

astucia para tenernos danzando en su busca meses enteros, y hasta años... Pensemos ahora en Hancock, que dispone de toda una noche para escabullirse, que tiene a su disposición cinco millones de dólares... ¡Cinco millones de dólares! ¿Se suicidaría usted en esas condiciones?

—Yo no me suicidaría bajo ninguna condición —masculló el inspector del FBI.

—Yo tampoco. ¿Y podemos admitir que lo hace un sujeto capaz de eliminar a toda su banda para cortar las pistas hacia él? ¿Y que se suicida precisamente cuando toda la banda ha sido eliminada, cuando nadie puede acusarle formalmente?

Joe Potters se volvió a mirar el cadáver de Hancock, y permaneció así casi un minuto, inmóvil, fruncido el ceño. Por fin, encogió los hombros, y murmuró:

—A ver qué dicen los expertos.

* * *

—Suicidio, señor.

—¿Seguro? —insistió Peppard.

Su compañero del FBI, que dirigía el grupo de huellas, alzó las cejas, un tanto mosqueado.

—En esta vida, lo único seguro es que moriremos, Peppard. Todo lo demás no pueden ser seguridades absolutas, sino indicios... Y todos los indicios señalan que este hombre se ha pegado un tiro en la cabeza. Ahora bien: ¿puedo equivocarme? La respuesta es: naturalmente.

—Caramba, Mead, no debes tomártelo así.

—No me lo tomo de ninguna manera. Simplemente estoy trabajando. Y todos los que trabajamos podemos equivocarnos, ya sea por propios fallos o porque los demás son tan listos de saber provocarlos. ¿Okay?

—Demonios, perdone, hombre.

—Dame un cigarrillo —sonrió Mead—, y asunto olvidado. Si le parece, señor —se dirigió a Potters mientras se colocaba el cigarrillo en los labios—, vamos a proceder a terminar con esto. Llevaremos la pistola a Balística, desde luego, y desmenuzaremos el apartamento en busca de huellas o cualquier otro indicio que nos

ayude a preparar el informe final.

—De acuerdo —asintió Potters—. Y tened en cuenta una cosa: este hombre debe tener en alguna parte más de cinco millones de dólares, así que hay que encontrarlos.

—No me parece que sea muy fácil esconder una cantidad así —sonrió Mead.

—Pueden estar «contenidos» en una simple llave —dijo Clark Short—, o en un resguardo de depósito, o...

—Me parece recordar —dijo Mead con cierto tono festivo— que en alguna parte me enseñaron cosas para resolver asuntos como éste. No sé... Quizá en Quántico... Aunque a lo mejor, resulta que tú has estado en Quántico y yo no, Peppard.

—¡Al demonio! —masculló éste—. Está bien, no te diré más cómo has de hacer tu trabajo.

—Agradecidísimo. ¿Podemos empezar, señor?

—Adelante —autorizó Potters—. Nosotros estaremos con el teniente Riley, en el Departamento de Policía.

* * *

Hacia las seis de la tarde, demostrando que, cuando menos, sabía trabajar deprisa y hacer trabajar a los demás, el agente del FBI Douglas Mead apareció en el despacho de Riley, donde todavía estaban atando cabos y haciendo cábalas el policía, Potters y los agentes Peppard y Lubbock.

—Muy buenas tardes —saludó—. Si me dan café y Peppard me permite hablar sin interrumpirme en dos o tres minutos, les diré todo lo que hemos conseguido saber.

Peppard se limitó a soltar un gruñido. Estaba de pésimo humor, al parecer, a pesar de que todo lo sucedido iba encajando, pieza por pieza. Uno tras otro, todos los datos habían sido analizados, y colocados en orden de tal modo que la conclusión era siempre la misma, es decir, la que se había establecido finalmente, sobre la marcha, al encontrar muerto a John Hancock en su apartamento.

—Nosotros —empezó Mead, después de suspirar al terminar su café— insistimos en que John Hancock se ha suicidado, aunque claro, no apostaría mi vida por eso. En la pistola solamente están sus huellas, su posición en el suelo era correcta, así como la postura

del cadáver: llega, se sienta, se pega un tiro y fin. Pasemos ahora a la pistola: es la misma que fue utilizada para llenar de balas a los otros cuatro sujetos, según nos dicen en Balística. Hora de la muerte de Hancock, según el forense: entre las seis y las siete de la tarde de ayer. Respecto a los cinco millones y pico de dólares, lo siento, no hay ni rastro: ni llaves, ni resguardos de depósito, ni cheques o talones... Nada. ¿Huellas en el apartamento? Las de Hancock, según creemos, aunque se están estudiando todas, por si algunas de ellas no le correspondiesen..., en cuyo caso habría que empezar por cotejar esas huellas posiblemente existentes con la asistenta, en primer lugar; luego, con nuestro Archivo. Y si hay más huellas, y no son las de la asistenta ni constan en nuestro archivo, pues..., señores, ustedes tendrán que seguir buscando a alguna persona además de los cinco millones de dólares. Es todo, en síntesis —miró a Potters—. Puedo tenerle el informe completo por escrito dentro de unas horas, señor.

—Gracias —murmuró Potters—. Bien, señores, parece que ya no debemos buscar personal, puesto que toda la banda ha desaparecido. Ahora, sólo tenemos que encontrar cinco millones de dólares.

—Con algunos centavos —masculó Peppard.

—En alguna parte han de estar —masculó también Potters.

—Cáscaras, me olvidaba —sonrió Mead maliciosamente, que se había reservado su último golpe de efecto en honor a Peppard—. Encontramos algo más allá, en el apartamento de Hancock. Vea, señor.

Sacó un sobre y lo tendió al inspector..., que sacó de él una gasa azul... Parecía una sola, al principio. Luego, resultaron ser cuatro. Cuatro capuchas de gasa azul, idénticas a la que había sido hallada sobre el cadáver de Moss Lennan, muerto debido a una mancha de lubricante en la carretera.

Durante unos segundos, reinó un denso silencio en el despacho del teniente Riley. Y por fin, Lubbock dijo:

—Se acabó el asunto. Creo que esto disipa cualquier duda que hubiese podido quedarnos, ¿no?

—Me voy a la porra —dijo Peppard.

—¿Adónde? —Se pasmó Mead.

—Déjalo —sonrió desganadamente Potters—. Le irá bien dar un

paseo. A todos nos irá bien salir a tomar una copa, y cenar algo especialmente agradable. Jim, mañana a las ocho en punto, aquí.

—Sí, señor.

James Peppard, alias Clark *Short*, salió del Departamento de Policía y se dedicó a pasear..., y a reflexionar. Muy bien, no habían encontrado el dinero, pero, al menos, la banda de las máscaras azules había quedado disuelta. Algo era algo. En cuanto al dinero, seguramente podrían seguirle el rastro, partiendo de alguna pista que, no lo dudaba, brotaría en cualquier momento en cualquier sitio. Sería un trabajo largo y monótono, como tantos y tantos.

Hacía un calor terrible, así que Peppard tomó una decisión: se ducharía, esperaría a que refrescase un poco, y entonces saldría a cenar por ahí. Finalmente, con el fresco de la noche, se acercaría a Nueva York, a su apartamento, recogería ropas más adecuadas a su condición de agente especial de FBI, y, por supuesto, a las ocho en punto estaría a disposición del inspector Potters.

Dudó entre ser el señor Flanagan o el señor *Short*, es decir, entre ir a la pensión The Happiness o al Dundee Motel. Se decidió por la pensión, de la cual se despediría y pagaría, no fuese que la propietaria denunciase a un tal Clark *Short* y le pobre se viese en apuros. Lo del Dundee Motel también lo arreglaría, claro.

Cuando entró en The Happiness fue directo al salón, donde se hallaba el pequeño mostrador con un timbre sobre él. Le dio un manotazo, y mientras esperaba que apareciese *mistress* Dayne sacó unos billetes del bolsillo... Sí, señor: Spencer Wallen había demostrado ser un hombre muy generoso...

Mistress Dayne apareció, y sonrió al ver al atlético cliente que le había caído tan bien.

—Me marcho esta misma noche, señora —dijo Peppard—. ¿Qué le debo?

—Se marcha... Ni siquiera ha pasado usted la noche aquí, y ahora dice que se marcha.

¿No le gusta su alojamiento, señor *Short*?

—La verdad es que sí —sonrió Peppard—. Pero anoche encontré a un amigo, me invitó a su casa, dormí allí... Bueno, me ha insistido tanto en que me mude allí...

—Ah, entiendo.

—Subiré a darme una ducha mientras usted prepara mi cuenta.

¿De acuerdo?

—Sí, sí. Lástima que no haya llegado unos minutos antes, señor *Short*: tuvo usted una visita.

—¿Una visita? ¿Quién era?

—Pues no me dijo su nombre. Me dejó un paquete para usted, y dijo que usted entendería. Era una mujer, una jovencita. —¿Una jovencita...? ¿Rubia o morena?

—Rubia. Muy bonita. Mucho, muy bonita... Voy a traerle el paquete.

Regresó poco después, con un paquete alargado, aproximadamente del tamaño de un antebrazo. Peppard procedió a abrirlo, frunciendo el ceño..., que se aclaró en una sonrisa cuando, por fin, el contenido del paquete quedó visible: una grande, brillante, rutilante, estupenda armónica.

—En efecto —sonrió aún más—, entiendo el mensaje, *mistress* Dayne. Muchas gracias.

¿No ha habido nada más para mí?

—No, señor. Caramba, es una bonita armónica... ¿Sabe usted tocarla, señor *Short*?

—¿Que si sé tocarla? ¡Que si sé tocarla...! Con esto, yo soy capaz de interpretar de principio a fin cualquier cosa. ¿Qué le gustaría oír?

—Oh... ¿Podría tocar *Noche y día*, de Cole Porter?

—Esto es facilísimo.

La emprendió con la melodía, ante la satisfacción de *mistress* Dayne, cuya simpatía por aquel atlético «muchachote» crecía hasta lo desorbitado..., mientras Clark *Short* se dirigía hacia la escalera, sin dejar de tocar...

... Y cuando salió de la ducha, vio la armónica allí, sobre la cama. Sonrió, frunció el ceño, volvió a sonreír.

—¿Y por qué no? —se preguntó en voz alta.

CAPÍTULO VIII

—Buenas noches, señor *Short*.

—Hola, querido amigo Peter... ¿Puedo pasar?

—Sí, señor, enseguida le abro.

—Cáscaras —se asombró *Short*—. Al parecer, mi promesa de aumentarle el sueldo cuando me case con el bomboncito ha hecho un buen efecto, ¿eh?

—Sí, señor —sonrió el mayordomo, mientras *Short* entraba—. Además, la señorita Jane me dijo que a usted lo recibiese siempre que viniera.

—O sea, que la tengo en el bote.

—No me sorprendería nada, señor.

—Felicidades, Clark... ¿Dónde está ella?

—Trabajando.

—¿Cómo, trabajando? —Se detuvo en seco el—

G-man

, Me parece que se equivoca, Peter.

—Todo es posible, pero le aseguro que la señorita Jane está en el despacho.

—¿Está también allí el señor Wallen?

—El señor Wallen está ahora en la biblioteca leyendo mientras espera la cena. ¿Le anuncio, señor *Short*?

—Pues... no. Por el momento, quisiera ver al bomboncito, ya que sé seguro que ella sí va a recibirme.

—Bien pensado, señor.

—Mmm... Veamos, veamos... ¿La señorita Wallen salió de aquí esta tarde o no, Peter?

—Sí, señor. Creo que eran alrededor de las seis, y, por como vestía la señorita, me pareció que iba a cenar fuera... Pero regresó

cosa de media hora más tarde, y me dijo que la avisase para la cena.

—Ya... Bueno, vamos allá.

El mayordomo lo dejó, poco después, delante de la gran puerta doble del despacho de Wallen, el gran financiero. Clark llamó un par de veces, pero no obtuvo respuesta. Miró al mayordomo, que movió la cabeza, diciendo:

—Ella está ahí, señor, seguro.

Clark *Short* empujó la hoja derecha de la puerta y entró en el despacho. Jane Wallen no estaba allí, pero, a la derecha, había una puerta abierta, y de allí salía luz. El

G-man

fue hacia allá. Ya había visto aquella puerta durante su visita anterior, ciertamente, pero no le concedió importancia.

Oía el teclear de una máquina, o algo parecido. Y cuando llegó al umbral se detuvo, verdaderamente pasmado. Enseguida vio a Jane Wallen, de espaldas a él, tecleando en un gran tablero... Pero en aquel momento, el interés del agente del FBI estaba centrado exclusivamente en el gran complejo de máquinas de aquel cuarto grande, aproximadamente la mitad del despacho de Spencer Wallen. La sorpresa, el pasmo, le duró muy poco, sin embargo, porque aquello solo podía ser una cosa: un cerebro electrónico, o, más ampliamente, una computadora.

Una formidable computadora, con sus diversas partes: lectora, impresora, unidad de control, consola, armario para las cintas magnéticas... Una formidable y completísima computadora.

Libre ya del primer instante de sorpresa, el

G-man

sacó la armónica, se la llevó a la boca y sopló las primeras notas de *Love Story* con fuerza. Jane Wallen dio un gritito y se volvió, se sofocó un poco, y acabó sonriendo. Estaba sensacional, con un vestidito corto, de noche, muy sencillo..., de un color azul que armonizaba estupendamente con sus cabellos.

—Ah, señor *Short*... ¡Qué susto me ha dado!

—¿Quiere que la toque completa?

—¿Qué...?

—*Love Story*... ¿Quiere escucharla completa?

—No, no... La he oído ya demasiadas veces.

—Le advierto que toco muy bien.

—Pues... Bueno, si insiste...

—Lo dejaremos para otro momento, vaya. Muchas gracias por su regalo, bomboncito.

¿O no fue usted quien...?

—Sí... Sí, sí.

—¿Estuvo usted en mi pensión sólo para llevarme esta armónica? —Alzó las cejas Peppard-Short.

—No... Bueno, yo salí ayer tarde a comprarla... Se la quería llevar ayer, pero... no me decidí. Este mediodía, Peter me dijo que usted había vuelto por aquí, y...

—Y pensó que puesto que yo había iniciado otro acercamiento, bien merecía la armónica. ¿A que sí?

—Algo... parecido.

—¿Qué quiere decir algo parecido?

—Pues que... Bueno, no sé... Pensé que le gustaría tenerla.

—Seguro que sí. Y es de las buenas, de las caras. Oiga, ¿se vistió y se arregló así solo para ir a llevarme la armónica?

—No... No.

—Entiendo. Salió usted a hacer otras cosas además.

—No, no...

—Entonces, no entiendo.

—Pensé... que podríamos... salir juntos esta noche.

—¿Usted y yo? —exclamó Peppard-Short.

—Sí, claro...

—¿Y para qué?

—No sé... Para cenar, cosas así...

—¿Y se vistió usted tan lindamente para salir de paseo con un sujeto que viste como yo?

—Pe... pensé que tendría otras ropas, y que..., que...

—Pues no, hijita: sólo tengo lo puesto. Veamos si lo he entendido finalmente: usted me compra una armónica, me la lleva a la pensión y al no encontrarme allí, la deja, y se vuelve aquí a trabajar... ¿Es eso?

—Bueno, quedaban unas pocas cosas por hacer y cómo no iba a salir, pues...

—Ya, ya, ya, ya... Y ya. ¿Y por qué tenía que regalarme usted una armónica?

—No sé. Como dijo que..., que...

—No se ponga nerviosa. A fin de cuentas, sólo ha demostrado que pensaba en mí, ¿verdad?

—Sí... Sí, sí.

—Me parece que eso no le va a gustar a su padre.

—¿El qué?

—Que se haya enamorado de mí.

—¡Yo no he dicho...!

—A buen entendedor, con pocas notas le bastan —dijo el

G-man

, efectuando un sensacional arpeggio con la armónica—. ¿De verdad no quiere escuchar *Love Story*? Por cierto: ¿sabe usted tocar la armónica, bomboncito?

—No...

—Es muy fácil. Tan fácil como manejar un cacharro de éstos —señaló la computadora.

Jane Wallen quedó atónita.

—¿Le parece a usted que es fácil manejar un cerebro electrónico? —exclamó—. Todo lo que puede aprenderse, es fácil. He visto computadoras más grandes que ésta, la verdad.

—¿Usted? ¿Dónde?

—En Washington, en la sede del FBI..., una vez que me llevaron detenido por allá. Ha dicho que no sabe tocar la armónica... Bien..., ¿sabe manejar este cacharro?

—Muy poco... Estoy aprendiendo.

—Elogiable proceder, bella jovencita. Por otro lado, si es usted capaz de aprender a manejar este aparato, le será fácil aprender a tocar la armónica..., en el supuesto de que le interese, claro...

—Oh, sí... ¡Sí!

—Igual que la computadora. Usted atiborra a la computadora de información, le proporciona todos los datos sobre un asunto, absolutamente todos... Luego, se sienta usted ahí, y escribe un mensaje que va a la memoria del aparato. Le dice: *quiero que me des tal información, tal resultado, tales datos...* Segundos después, la computadora responde, expeliendo su respuesta escrita por medio de la impresora. Es un aparato impresionante, ¿verdad? Su memoria es infinita, puede retener millones de datos de toda clase de información..., y en un momento dado, utilizando esos datos que le han sido suministrados, dar la respuesta exacta al más complejo

problema que se le pueda presentar... El más complejo problema... Al más complejo problema... Dios... Santo Dios...

—Señor *Short*, ¿qué le pasa? ¿Qué..., qué le ocurre...?

—Santísimo Dios...

Jane Wallen se acercó a Clark *Short*, que había palidecido, y le tomó las manos, con la armónica entre ellas.

—Señor *Short*..., ¿está bien?

Jim Peppard miró a la muchacha, pero, en realidad, no la vio. Luego, volvió a mirar la computadora, y a ésta sí la vio. Allá estaba, allá la tenía...

—Clark —oyó—. ¡Clark!

Desvió la mirada, y ahora sí vio a Jane Wallen, que parecía muy asustada.

—Estoy bien —murmuró—. ¿Dices que sabes manejar este aparato?

—Sólo un poco... Estoy aprendiendo. Ya te he dicho...

—¿Dónde estás aprendiendo?

—Asisto a un cursillo. Además, Sally me ayuda mucho y...

—¿Sally sí sabe manejar bien la computadora?

—Oh, sí, ya lo creo. Papá no la habría contratado de no ser así... Su negocio es muy complejo, debe tener siempre todos los datos a su disposición en pocos segundos... El alquiler de una de estas máquinas es muy caro, pero hace el trabajo de muchas personas y con muchísima más rapidez.

—Con infinita más rapidez —susurró Peppard—. ¿Sally es la encargada de utilizar esta máquina cada vez que tu padre le pide determinados datos?

—Sí.

—Resumiendo y en definitiva: Sally Bullock no tiene el menor problema en utilizar la computadora.

—Ninguno en absoluto. Parte de su trabajo...

Jane Wallen no dijo más, porque era evidente que Clark *Short* no la escuchaba. Había sacado un pequeño aparato, del cual había apretado un botón... Del aparato brotó una voz:

—¿Sí?

—Señor, soy yo, el imbécil de Peppard.

—¿Qué...?

—¡Que soy yo, James Peppard, el imbécil más grande que jamás

haya tenido el FBI en sus filas!

CAPÍTULO IX

—¿Quién es? —Sonó la voz detrás de la puerta.

—Clark.

Dentro del apartamento se oyó la exclamación de alegría, y enseguida la puerta se abrió. Esta vez, Sally Bullock no echó a correr hacia el dormitorio, pese a que estaba con el mismo atuendo despampanante. Lo que hizo fue echar los brazos al cuello de Clark *Short*. Hasta que él la apartó, y dijo:

—Será mejor que sigamos la función en privado, querida. Si alguno de tus vecinos sale al pasillo, se va a llevar una opinión poco favorable de ti.

Ella rió, siempre dulcemente, y retrocedió. Clark entró en el apartamento, cerró la puerta, y fue a sentarse al sofá, suspirando, y estirando las piernas.

—Hoy sí que tomaría algo... Estoy reventado.

—¿Qué ha pasado, finalmente?

—Oh, no sabes eso, claro... Bueno, encontramos muerto a John Hancock. Todavía debías estar cerca de donde me dejaste cuando yo ya estaba viendo su cadáver; se había suicidado.

—Dios mío... ¡Pobre John!

—Sí... Pobre John Hancock... ¿Qué hay de ese *whisky*?

—Oh, enseguida... ¡Enseguida!

—Me tomo la libertad de fumar de tus cigarrillos —dijo Peppard, alargando la mano—. Una pandilla de gorriones se han pasado el día fumándose los míos. Encendió el cigarrillo, con música de Bocherini, el *Minueto*, como acompañamiento. Formidable. Tan formidable, que Peppard sacó su armónica, y estuvo unos segundos tocando la misma melodía, en bien conjuntado dúo, mientras Sally, que estaba sirviendo el *whisky*, le

miraba, asombrada.

El

G-man

también la miró, y sonrió.

—Es una armónica —la mostró.

—Sí... Ya veo. ¿Te pongo hielo o agua?

—Hielo, en abundancia. Eres un encanto, Sally. ¡Y se está tan bien aquí!

Ella sonrió, siempre dulcemente, y fue a la cocina en busca de hielo. Poco después, entregaba el vaso a Peppard, que bebió un sorbo y volvió a suspirar.

—Sí, señor —chascó la lengua—. ¿Qué más se puede pedir? Una armónica, una hermosa mujercita que te espera en casa con un vaso de *whisky*... ¿Qué más se puede pedir? A propósito: ¿Sabes tocar la armónica?

—No —rió Sally—. Pero puedo aprender, si tú quieres.

—Te será fácil. Es tan sencillo como aprender a manejar una computadora: todos los datos están dentro, así que sólo tienes que saber pedirlos. ¿Y una computadora...? ¿Sabes manejar una computadora?

Sally Bullock palideció ligeramente.

—Sí... Sí sé, sí.

—Admirable. Bien, será mejor que te vistas, Sally.

—¿Que... me vista? Querrás decir... todo lo contrario...

—No. Prefiero el coche deportivo, alegre y suave, a un carro de combate... ¿A quién le dije yo esto antes?

—No..., no te entiendo... Creí que habías venido a..., a pasar conmigo la...

—Tentador panorama, en verdad. Pero no. No, Sally... Vístete y vámonos.

—¿Adónde? ¿Por qué?

James Peppard volvió a suspirar.

—Te voy a contar un cuento, querida... Erase una vez una chica muy ambiciosa y muy criminal, que robó mucho dinero, mató luego a todos sus cómplices, y luego quiso acostarse con un agente del FBI. Pero el agente del FBI no aceptó, porque en el fondo era muy serio, y se la llevó detenida a Nueva York, donde fue juzgada y condenada a muerte por cinco asesinatos, cinco. Ni uno menos. ¿Te ha

gustado?

—Lo sabes... Lo sabes todo, lo has podido descubrir...

—Tocando la armónica. Es curioso esto... Ocho atracos y cinco asesinatos descubiertos gracias a una mancha de aceite en la carretera y a una armónica... ¿No es... increíble?

—A mí me lo parece —dijo Sally, tensa.

—Y, sin embargo, así ha sido... La mancha de aceite, un hombre llamado Moss Lennan que muere de accidente... Ése es el punto de partida. ¿Quién estaba en el coche azul descapotable? ¿Tú o Hancock?

—Yo. Estaba a nombre de él, pero lo utilizaba yo, para según qué cosas.

—Por ejemplo, acudir al encuentro del cómplice de turno que tuviese que entregarte la llave y la máscara. ¿No es así?

—Sí.

—Recogías la máscara, la guardabas con las que ya te habían entregado los demás, y, en un momento conveniente, ibas a Nueva York, retirabas de la caja alquilada el dinero del último atraco, y lo escondías, todo junto, amasando una bonita fortuna. Mientras tanto, nada de gastar dinero ninguno de vosotros. Vida normal. Perfecto..., hasta que apareció la mancha de aceite lubricante en la carretera... ¿Supiste que Moss Lennan había muerto?

—Sí.

—Y entonces te dedicaste a matar a los demás: Dennis Blakeston, Myron Foy, Lon Adams y Aarón Stevens. Finalmente, mataste a John Hancock, cuando comprendiste que el FBI y la policía estaban... avanzando como te convenía y habías previsto. Seguramente fuiste la única persona en la casa de Spencer Wallen que comprendiste en el acto quién era yo al verme aparecer diciendo que era amigo de Moss Lennan. ¿Cierto?

—Sí.

—Entonces, le dijiste a Hancock que te esperase en su apartamento y fuiste allá después de recoger las máscaras azules. Simulaste tan bien que se había suicidado, que hasta engañaste al pobre Mead..., que, por cierto, las va a pasar negras conmigo. Fue un «suicidio» perfecto, pobre Hancock. Dejaste allí las máscaras, y te fuiste... Asunto terminado. Y digo terminado, porque antes, cuando asesinaste a Dennis Blakeston en su apartamento, dejaste

allí la libreta que le hiciste escribir a él mismo... Debo admitir que tu inteligencia es mucha, Sally; vas allá con una libreta, le dices que se apunte todos aquellos números, le matas, dejas la libreta allí y te vas a matar a los otros tres, que previamente has citado en la lancha. De este modo, cuando el cadáver de Blakeston sea hallado, aparecerá la libreta, y, ¡qué bien, qué estupendo!, en la libreta están todos los datos que se puedan pedir y desear para encontrar al resto de la banda..., que se supondrá ha sido liquidada por John Hancock, para evitar ser delatado por cualquiera de ellos si el FBI los encuentra. Pero claro, en la libreta de Dennis está también el nombre de John Hancock, así que hay que eliminarlo, ya le ha llegado el momento: él jefe, después de todos los apuros que ha pasado, comprende que está en peligro, y se... suicida. De este modo, el FBI cree que ha terminado con toda la banda, y se dedican como tontos a buscar un dinero que tú tienes muy bien guardado... ¿Dónde, Sally?

—¿Cómo pudiste saber la verdad?

—La computadora me dio la idea... ¿Qué mejor que disponer de una computadora atiborrada de datos para conseguir planear atracos perfectos? Luego, Moss Lennan había trabajado contigo que, ciertamente, disponías de muchísima información financiera... Además, sabes manejar la computadora. Y luego, poco a poco, en mi mente se fue haciendo la luz mientras contemplaba la computadora... La libreta. La libreta de Dennis Blakeston. ¿No era una estupidez que un sujeto que formaba parte de una banda que realizaba atracos perfectos tuviese una libreta con todos los datos que el FBI pudiera desear? Y por último..., ¿quién me informó a mí de que Moss Lennan había tenido tratos con un sujeto llamado Dennis Blakeston?

—Yo.

—Pero que muy lista... No sólo parecía que colaborabas con el FBI, sino que además te asegurabas de que ponías a éste en la pista que nos llevaría a la conclusión de que Hancock había matado a todos sus cómplices y luego se había suicidado... Y para dar mayor verosimilitud al suicidio, incluso tuviste la genial idea de decirme que te habías despedido de él la tarde anterior con la sensación de que estaba deprimido, triste... Eres genial, Sally.

—Gracias. Pero el verdadero trabajo lo ha hecho la

computadora.

—El trabajo de decir cómo se debía efectuar el atraco, sí. Pero el trabajo de asesinar a cinco hombres lo has hecho tú solita, con la pistola que finalmente dejaste a los pies de Hancock. ¿Dónde tienes el dinero?

—No te lo diré.

Jim Peppard sonrió duramente.

—Ya lo creo que lo dirás, querida. Tú no sabes lo que se te viene encima. En cuanto entres en la delegación del FBI en Nueva York, todo tu aplomo se vendrá abajo como casita de papel bajo la lluvia tropical. Y nos dirás eso y todo lo que nosotros queramos, te lo aseguro.

—¿Puedo ir ya a vestirme? —preguntó Sally, fríamente.

—Estoy esperando.

La secretaria se puso en pie, y fue al dormitorio. Allí, abrió el armario, sacó ropa adecuada y comenzó a vestirse. Afuera, en la salita-recibidor volvió a sonar el *Minueto* de Bocherini... El agente del FBI seguía allí sentado, volvía a fumar... Sally abrió un cajoncito del armario y sacó una pequeña pistola, que empuñó con fuerza, mientras en su bello rostro aparecía una mueca de odio...

Todo aquel tiempo, todos aquellos años, desde que había empezado a atraer a los hombres, había tenido que soportarlos. Por fin, había conseguido llegar al punto en que, con cinco millones de dólares, podía vivir como una diosa donde quisiera... Le había costado mucho tiempo, mucho esfuerzo, mucha tensión nerviosa, preocupaciones, angustias..., hasta curtirse, hasta encontrar su momento. ¿Y aquel sujeto lo iba a echar todo a perder?

Sus bonitos labios se apretaron en una mueca dura, y, prácticamente desnuda, se acercó sigilosamente a la puerta del dormitorio. Allí estaba Peppard, sentado en el sofá, mirando la armónica que tenía sobre las rodillas... Sally Bullock alzó su mano armada, apuntó a Jim Peppard..., y éste alzó la cabeza, suavemente, sin brusquedades. Ya no parecía el simpático y vividor Clark *Short*, ciertamente. Había en sus ojos una frialdad de cristal..., y en su mano derecha la pistola de reglamento, más grande que la de Sally, y empuñada con mucha más firmeza.

—No seas cretina ahora, Sally —susurró Peppard—, cuando tú vas, yo ya he vuelto de Roma. Puedo disparar hasta tres veces antes

de que tú lo hagas solamente una vez. Deja eso y sigue vistiéndote.

Sally estaba lívida de rabia. Una rabia tan intensa que, de pronto, lanzó un chillido, acabó de alzar el brazo armado...

¡Pack!, restalló la pistola de Jim Peppard.

La bella morena lanzó un alarido, giró sobre sí misma, y cayó de bruces al suelo, como si sobre ella hubiese caído un pesadísimo peñasco. Sentía un dolor horrible en el hombro derecho, y la cabeza le daba vueltas... Como algo muy lejano, oyó fuertes golpes, gritos... Luego, ante sus ojos aparecieron varios pies, y oyó aquella voz:

—¿La has matado?

—No, señor. Solamente le he dado en un hombro... Tiene que decirnos dónde está el dinero.

—Llamaré a una ambulancia —oyó que decía otra voz.

Luego, unos pies se cruzaron ante ella... Alzó la cabeza y vio, confuso, a Jim Peppard... Sí, debía ser Jim Peppard, porque vio ante su rostro el brillo de algo que sólo podía ser la armónica.

—¿Qué te gustaría oír, Sally? Tengo un repertorio extensísimo.

—Maldito..., cerdo..., asqueroso...

—No te lo tomes así, mujer —sonrió prietamente, el agente del FBI—. A fin de cuentas, sólo té he herido, y podía haberte matado..., en cuyo caso tendría que estar tocando en tu honor *La Marcha Fúnebre* de Peppard.

ESTE ES EL FINAL

—¿Ha compuesto usted una marcha fúnebre? —Se pasmó Spencer Wallen.

—No, no... No, señor —respingó Jim Peppard—. Fue una broma, más bien. En realidad, lo que estoy empezando a componer es una marcha nupcial.

—Ah... Interesante. ¿Piensa usted casarse?

—Pues sí. Sí, señor. Estoy pensando muy seriamente en ello.

—Vaya, le felicito, muchísimo. Esto... Bien: ¿consiguieron que Sally les dijera dónde tenía el dinero?

Peppard le miró, estupefacto.

—¡Naturalmente! —pudo exclamar por fin.

—Caramba, pues son ustedes muy eficaces.

—Por lo general —sonrió el

G-man

—. ¿Le gustaría que le tocara algo, señor? Con la armónica, quiero decir.

—¿Qué sabe usted tocar?

—Caramba, ¡todo!

—A mí me parece que eso es mucho tocar, joven.

—Es que, desde que vi los buenos resultados que trae tocar la armónica, he practicado mucho más, señor Wallen.

—Bajo ese punto de vista —sonrió maliciosamente Spencer Wallen—, también podría dedicarse usted a ir echando manchas de aceite lubricante por las carreteras, a ver si se matan algunos sinvergüenzas.

—La idea es buena —sonrió Peppard—, pero prefiero tocar la armónica. Hasta me han sacado un mote en la delegación..., y eso que está prohibido.

—¿Un mote? ¿Cuál?

—Me llaman «Ese tipo que siempre toca la armónica».

—Divertido. Bien, no quisiera parecerle mal educado, joven, pero ha llegado la hora de la cena y...

—Lo sé, señor. He venido precisamente por eso. —¿Qué?

—Que he venido a cenar; su hija me ha invitado.

—¿Jane le ha invitado? Caramba, no lo sabía... Bueno, en ese caso parece que podremos seguir charlando, ¿verdad?

—Sí, señor. Estamos pensando que aunque usted esté así, inválido, naturalmente llevará a Jane.

—La llevaré..., ¿adónde?

—Pues ante el reverendo, donde yo la estaré esperando para casarnos, en esta misma casa, dentro de un mes o así.

—¿Se va a casar Jane con usted?

—Si usted no se opone, señor.

Spencer Wallen se quedó como perplejo, pensativo.

Y así estaba cuando entró su hija, que le miró y miró interrogante a Jim Peppard, y éste encogió los hombros, un poco cohibido... Detrás de Jane apareció Peter, que anunció:

—La cena está servida, señor.

—Ah, sí... La cena. Bueno, ven a empujar este maldito artefacto con ruedas, Peter... Y a propósito, ¿qué tenemos hoy para cenar?

—En especial, sopa de tortuga, señor.

—¿De veras?

—Sí, señor, su preferida —dijo el mayordomo, empujando ya la silla de ruedas fuera del salón.

—Bueno, caramba, estupendo... Oye, ¿a ti qué te parecería que mi hija se casase con un agente del FBI?

—Me parecería estupendo, señor. Eso da prestigio... además, estaríamos siempre muy bien protegidos.

—Si... parece una buena inversión, ¿verdad?

—Inmejorable modo de invertir una hija, si, señor.

—Pareces muy contento.

—Es que me van a subir el sueldo, señor. Salvo que un agente del FBI deje de cumplir sus promesas.

—Yo creo que suelen cumplirlas... Pero, bueno, ¿vienen o no vienen ellos dos a cenar?

—Es que se están besando en el salón, señor.

—¿Se están besando?

—Y con ganas, señor.

—Qué tontería —refunfuñó Spencer Wallen—. En fin, allá ellos. Pero desde luego, yo no pienso dejar que se enfríe mi sopa de tortuga esperando a «Ese tipo que siempre toca la armónica». Si él prefiere besar a mi hija, allá él. Pero a mí, ¡qué me den una buena sopa de tortuga!

—Admirable elección, señor —sonrió Peter de oreja a oreja.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer wéstern, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, wéstern, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...

Notas

[1] *Short* significa corto, pequeño, en inglés. < <